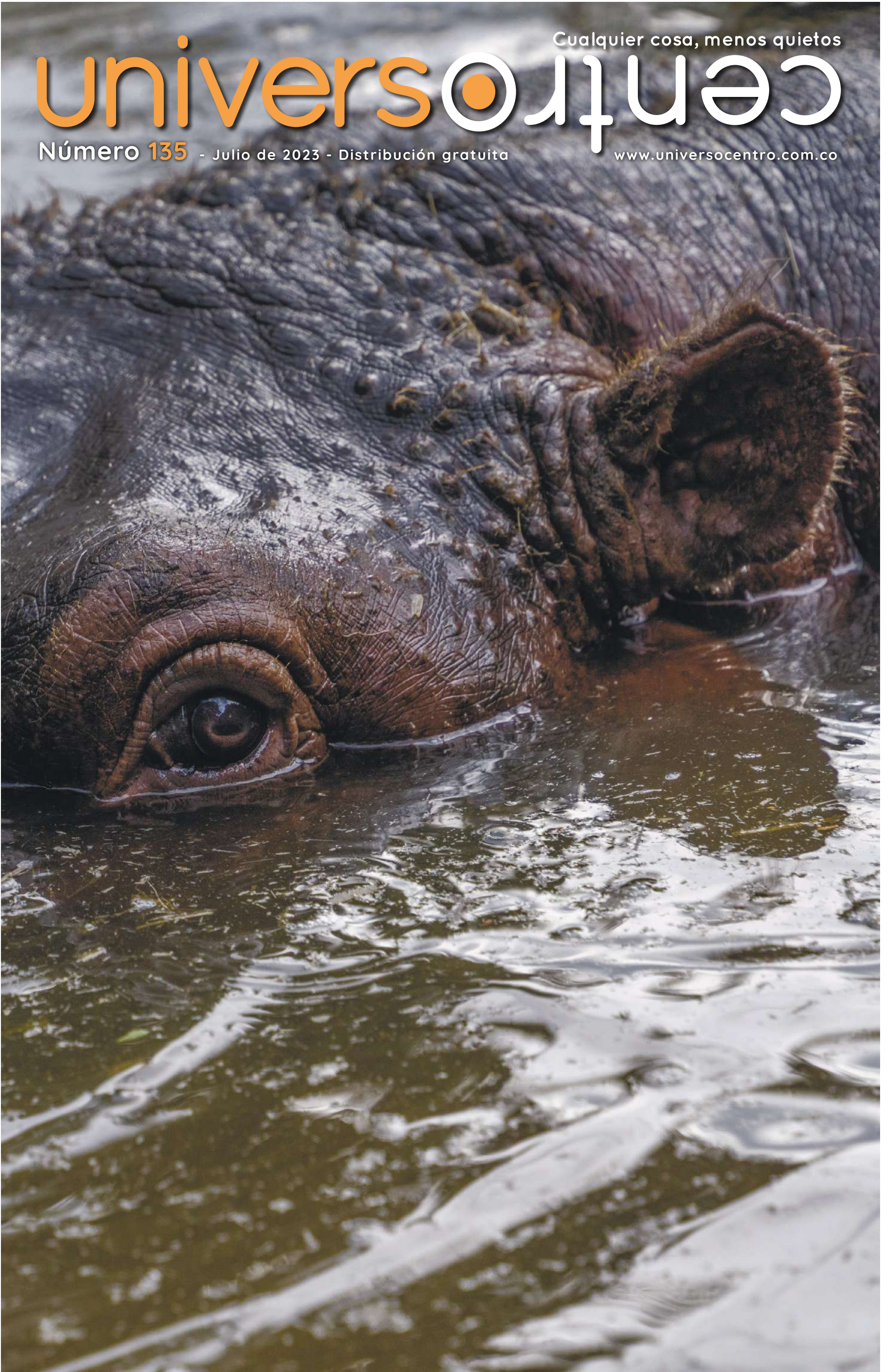


universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 135 - Julio de 2023 - Distribución gratuita

www.universoctr.com.co



Antología del llanto

por JUAN ESTEBAN ARDILA LONDOÑO • Ilustración de Samuel Castaño



Nueva faunética

¿Por qué no reemplazar el cóndor del escudo patrio por el hipopótamo? Una vez se extingan los pocos cóndores que existen en el territorio nacional, definitivamente, nos veremos en la penosa tarea de conseguir un animal que lo reemplace con creces. No hay un animal más indicado que el hipopótamo. Pensemos en su reproducción, en sus ojos tiernos, en su gracilidad bajo el agua, en la imposibilidad de acabar con su población. En sus porfías y sus peligros. Desplazando, arrasando, metiendo miedo, pisando duro. Dos pájaros de un solo tiro: contrario a extinguirse, el hipopótamo crecerá su población sin medida y, una vez sobrepase el caudal del Magdalena, alcanzará con su onda expansiva otros ríos, luego las ciudades intermedias y por fin llegará a las grandes ciudades para trabajar mano a mano, junto con los hombres, por un mundo mejor.

¿Y si pensáramos en los chimpancés como el animal nacional? Evolucionado desde los circos hasta morir a bala en las calles. El chimpancé que fuma para calmar su ansiedad ante la tribuna y a la vez divierte al público, que está en la zona libre de humo y cercada de crispetas. El chimpancé que se agazapa por naturaleza, una especie en vía de agresión. Un signo invocado últimamente por el racismo más sombrío y solapado. Sería una buena opción, porque también puede ser simpático cuando se le da gusto a su glotonería o, por el contrario, exhibir el rabo bien sea como insulto o lección, según nuestros usos rabiosos o pedagógicos.

¿Y qué hacer con las mariposas amarillas? Ese lugar común de los discursos en la ONU, las carteras de exportación, las carteleras del colegio, las joyas de filigrana y de plástico, los desfiles de Silvia Tcherassi, los billetes, las esculturas de los pueblos... Tal vez volver a los gusanos para aterrizar un poco. El gusano

como fuente de inspiración. No estaría del todo mal. No tendríamos ese delirio de belleza alada y más bien pensaríamos en el camuflarse y comer, subsistir antes de arriesgarse a la realidad del mariposario. Y dejar las mariposas amarillas para la ciencia ficción de la patria, para las novelas, las piñatas y las telenovelas.

Para la cena deberíamos convertir al cuy en el plato nacional. Comida figurativa sobre la mesa. Comernos lo que vemos, sin disimulos, verlo con sus dientecillos afilados y su cola entre las crispetas que lo acompañan. Pura comida fusión. ¿Qué tal entrar a cine con el pequeño cuy entre el balde de crispetas? “Término medio con crispetas dulces y saladas por favor”. Eso sería el verdadero cine Colombia.

Tenemos que actualizar el uso de nuestra fauna local e invasora. Abrir el álbum de Jet y revolcarlo, llevar al Ossito a otros museos, es hora de una nueva biología, llegó el momento del cambio. ©

Uno se pega una lloradita de vez en cuando y por cualquier razón. Hay chilladas que lo revuelcan a uno, otras son decepcionantes, inesperadas, a los gritos o silenciosas. Yo soy más de llorar a escondidas. Cuando llega, no quiero que me vean, pero agradezco poder sentir una emoción fuerte, así sea demoleadora. Llora y siento alivio, pero también me pregunto qué me llevó a no predecir el llanto, porque siempre me toma por sorpresa.

I – Cómo perder el año

Mariana corre por el salón toda la jornada y le pregunto por ella a la profesora a cargo del grupo de segundo, en el que hago mis prácticas profesionales. “La mamá está internada, nadie sabe quién es el papá y la abuela no la quiere, solo la cuida un tío. Ella no hace nada, no sabe leer, ni escribir y va a perder el año”, responde. Me impresiona su respuesta, pues apenas es febrero. Noto que los niños la excluyen por no saber escribir y me entero de que algunos de ellos intentaron tirarla por el balcón del tercer piso el año pasado. La profesora, encargada de cincuenta estudiantes, tampoco tiene tiempo para evitar que algo así vuelva a suceder. También me comenta que le dan ataques epilépticos. La primera vez que la veo convulsionar, sus compañeritos la imitan al tirarse al suelo para revolcarse frenéticamente. Les pego un grito durísimo para que dejen de hacerlo. La segunda ocurre mientras revisamos en el escritorio las actividades de los niños. Mariana le arroja la cartuchera a la profesora en la cabeza y cuando la miramos para regañarla se agarra la cara con las manos y grita. Convulsiona y corro hacia ella para acomodar su cuerpo de lado hasta que se calme, tal como me recomendó mi asesora de prácticas si volvía a pasar, porque la primera vez no supe reaccionar. Los compañeritos nos rodean. Le pregunto cómo está, pero no responde y mira al techo. El tío llega por ella y Mariana lo ve con ojos llenos de lágrimas que no se atreven a resbalar por las mejillas. Incorpora su cuerpo con energía renovada para correr hacia los únicos brazos que la cuidan. Se van. Invisible ante la mirada de los demás que chismosean sobre lo ocurrido y no prestan atención a ninguna otra cosa, me quedo solo en el piso, pensando en las lágrimas retenidas, mientras las mías no aguantan más.

II – ¡Buenísimo!

A la salida de la estación del metro de San Antonio escucho que la gente grita. “Atraparon a un ladrón”, pienso. En medio de la llovizna, un jovencito de doce o trece años corre cerca de mí, a la vez que se chocha con los carros inmóviles en el trancón. Busca la manera de escapar, pero un hombre lo agarra y entre cuatro o cinco le pegan puñetazos, patadas y lo insultan: “Negro hijueputa”, “malparido”, “esto te pasa por rata, gonorreia”. Alguien le estampa el casco de una moto en la cara. Un chorro de sangre brota de su cabeza y se riega en el suelo. Cuando llega, la policía no intenta detener la paliza que le dan mientras lo llevan al CAI. A mi lado, una señora dice: “Para qué no se pone a estudiar.

¡Muy bueno, por ladrón!”. No escapo del recuerdo de su cara ensangrentada. Me tomo una aromática en una cafetería cercana para que me calme el llanto inútil. El reguero de sangre que quedó debajo de la estación San Antonio ha desaparecido. El agua de lluvia acumulada, que corre calle abajo, lo condujo a las alcantarillas.

III – Ay, Pacho

No consigo dejar de mirar a la abuela. Acaricia con suavidad la cabeza del abuelo, le da un beso prolongado en la frente y dice: “Ay, Pacho, descansa”. Empieza a entonar oraciones por los difuntos y llama a sus hermanas, hijos y nietos para darles la noticia y pedirles que vengan a acompañarla. Llegan mis tíos y sollozan mientras se enfrentan al cuerpo de su padre, flaco y lleno de llagas porque hasta olvidó cómo caminar. Más tarde llegan los de la funeraria a llevarse el cuerpo y piden a mi abuela que elija la ropa que quiere que lleve puesta el abuelo en el velorio. Cuando les da la ropa, la abuela comenta: “No se vayan a olvidar de acomodarle bien las trencitas” y suelta una carcajada, al tiempo que la trabajadora de la funeraria le pregunta si puede repetir lo que dijo, porque no entendió. Entre lágrimas de risa la abuela le repite y como la trabajadora sigue sin entender, le explica que como Pacho es calvo lo imaginó con peluca y maquillaje. Mi madre, con la cara descompuesta de tanto llorar, le grita que cómo se le ocurre decir eso, pero la abuela sigue riendo. Cuando sacan de la casa el cuerpo envuelto en bolsas negras sobre una camilla, nos sentamos junto a la abuela para retomar los rezos. Entre padrenuestros y avemarías, llora sin hacer ruido. A mí nadie me ve llorar tampoco, porque cada quien está ocupado en su llanto. No se han dado cuenta de que no he dejado de chillar desde el primer momento, no por el abuelo, que nunca dejó de ser un fantasma; sino por la abuela, a

quien todavía no consigo dejar de mirar desde que le acarició la cabeza, le dio un beso en la frente y pronunció las palabras precisas.

IV – Otras formas del dolor

La gata lleva una semana internada porque dejó de comer y le descubrieron una malformación congénita en los riñones. Desde afuera llamo a mi papá al celular. Según el médico, solo le queda la eutanasia y mi mamá me dijo que lo llamara a él para preguntarle qué piensa. Cuando contesta y le explico la situación me dice que no hagamos sufrir más al pobre animalito, que es mejor para ella estar cerca de nosotros en sus últimos días. Miro hacia el techo para que no salgan las lágrimas mientras lo escucho. Decidimos llevarla para la casa. Luego salimos a comer en una cafetería cercana porque no comimos nada en toda la tarde. “Esto se siente tan diferente a otras veces, ni con la muerte de algunos familiares me he puesto así de mal”, dice mi mamá. Gasto todas las servilletas de la mesa para limpiarme la nariz congestionada. Lloramos juntos y nos vamos para la casa. La gata se resiste a morir y, pasadas dos semanas, vuelve a comer, saltar y correr. Yo no dejo de llorar, pero en secreto, para que no piensen que soy un exagerado por estar tan mal por un gato; ni se incomoden con el llanto de un hombre, como ha ocurrido antes en la familia. Siento que la gata se me va a morir en cualquier momento. La vigilo, reviso que esté respirando cuando duerme y dos o tres veces al día la abrazo muy fuerte, para retener en la memoria cómo se siente amarla. Ella mejora con los días, pero mi secreto empeora con el tiempo.

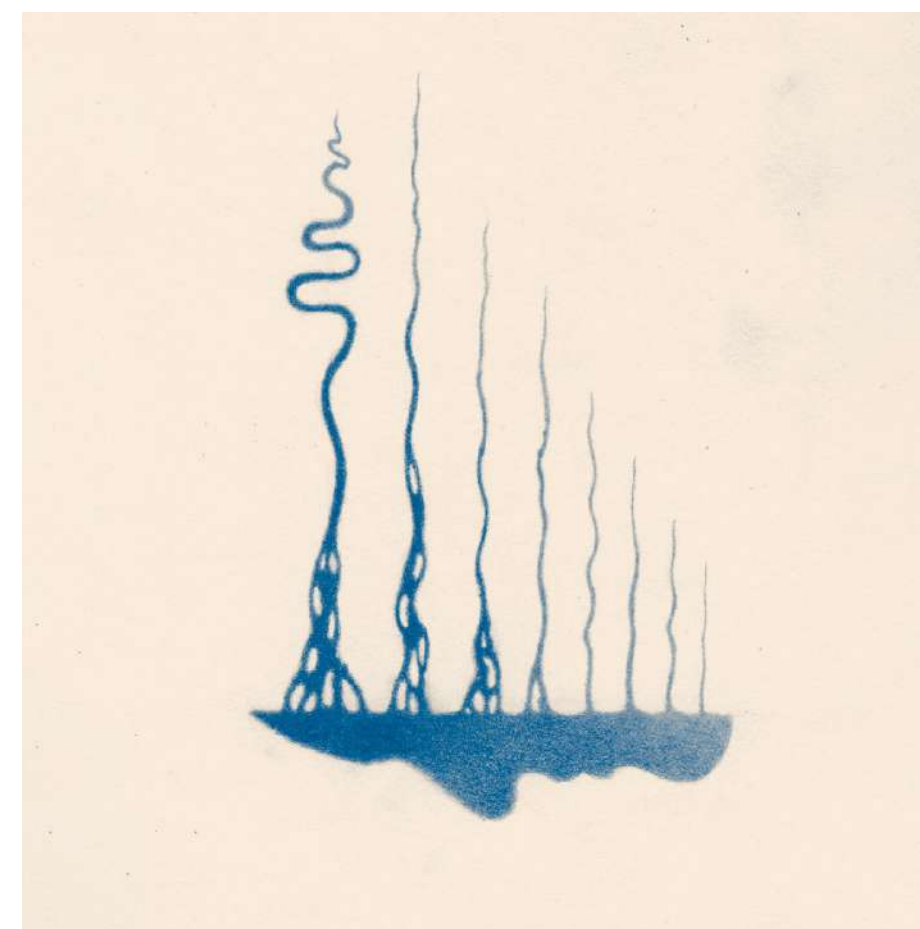
V – Rutina del derrotado

Es un miércoles de septiembre y desde la primera lágrima entiendo que será uno de esos días aleatorios en los

que la melancolía, crónica y casi siempre inofensiva, se acentúa. Termino de leer un libro epistolar que no tiene nada de triste, pero que me puso a chillar toda la mañana solo porque los personajes envejecieron y dejaron de escribirse. Después de almorzar, camino en la calle y veo a un anciano cojo, con una muleta debajo de un brazo, que arrastra un carrito de helados con el otro. Llora mientras lo veo irse y saboreo una paleta de helado que le compré. Más tarde, en la entrada de un centro comercial, miro a un hombre con una bolsa de chupetas en forma de corazón que llora y pregunta quién le hace el favor de comprarle algo. Llora con su llanto, pero no le compro nada. Llego a clase por la tarde y saludo a la profesora, me siento en el pupitre, pero unos segundos después voy al baño para aprovechar que mis compañeras no han llegado y pegarme otra lloradita. Después de clase, en el metro, lloro; caminando hacia la casa, lloro; en mi cama, lloro. “Qué es esta lloradera”, pienso y sigo chillando. Con un poco de culpa, deseo sentirme siempre así de vivo, pero también ruego que desaparezca, por fin, este miércoles de septiembre.

VI – Los peligros de comer

Terminamos de almorzar como debe ser: con un postre. Pedimos una tarta cremosa de chocolate con nueces, pistachos, helado de vainilla y salsa de ahuyama. Le doy una probadita a la torta y me agarra una incontenible alegría que me arrastra al presente, a sentir que estar aquí sentado es suficiente, compartiendo comida con un ser querido, bajo la llovizna infinita de Medellín y con la vista de un paisaje compuesto por plantas típicas de la ciudad que uno deja de contemplar por la costumbre de siempre verlas. Las lágrimas se acumulan en mis ojos, pero las disimulo de inmediato, como si se tratara de un reflejo que se activa sin pensar. Me concentro en el postre para distraerme y cometo el error de probar la salsa de ahuyama. Está deliciosa, pero su sabor me arrastra al pasado, a cuando vivía con mi mamá y ella cocinaba todas las semanas sopa de ahuyama con crema de leche y cilantro. Siento el deseo de que esté probando la salsa a mi lado y hablemos como antes, sin la costra de impaciencia y malgenio que se forman alrededor de la piel del hijo que necesita distancia, para poder así rescatar esos vínculos primerísimos y abrumadores. El llanto ya no espera. Milagrosamente, quien me acompaña va al baño. “Qué pereza explicarle a los otros uno por qué llora”, pienso mientras me permito llorar, pero no tanto porque luego no soy capaz de parar y corro el riesgo de que me pregunte si me pasa algo. Cuando vuelve del baño aprovecho y también voy. Allí lloro otro rato y me entra una risa nerviosa al pensar que uno habla mucha mierda sobre que llorar también es válido para los hombres, pero al momento de hacerlo le entra a la mente un pánico y hace lo posible por evadir la chillada. Con una amplia sonrisa en la jeta, vuelvo a la mesa para terminar el postre, pero ya no toco la salsa de ahuyama. ©



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David Eufasio Guzmán

– María Isabel Naranjo

– Andrea Aldana

– Juan Fernando Ramírez

– Santiago Rodas

– Simón Murillo

– Estefanía Carvajal

– Isabel Botero

– Mario Cárdenas

PRODUCCIÓN EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 135 - Julio 2023

Versión impresa



universo
centro

universocentro.com.co
universocentro@universocentro.com

Al comienzo era la exhibición. Zoológicos como jaulas para el asombro, para tirar fotos y mecato contra los animales. Prisiones que olvidaban el castigo a cambio de la diversión humana. Ahora es el momento de las lecciones, de las disculpas humanas frente a los demás animales. Se muestra el maltrato, se buscan curas y rehabilitaciones. Tras los muros del Parque de la Conservación, antiguo zoológico de Medellín, encontramos un bestiario de tragedias. Aquí van cuatro historias a pelo y pluma.

LAS FIERAS DEL BARRIO

Fotografía de Juan Fernando Ospina

En los años sesenta, Salvador Dalí se paseaba por las calles de París llevando a un ocelote de la tralla. Decía que se lo había regalado el gobierno de Colombia y no tenía recato en entrar a sitios concurridos con el felino. En Montparnasse, los vecinos de mesa de un restaurante, atemorizados por la presencia del animal, se alejaron, pese a que el genio intentaba calmarlos diciéndoles que se trataba de un gato ordinario con manchas pintadas por él e inspiradas en el arte óptico. En otra ocasión, cuando ese mismo ejemplar, llamado Babou, orinó unos grabados de una galería francesa, el pintor aplacó al dueño prometiéndole que le vendería unos dibujos suyos a buen precio. Corrían tiempos en los que la protección de la fauna silvestre no desvelaba a nadie, menos a Dalí que pintaba lo que soñaba.

Forzados a vivir como mascotas, los ocelotes pueden ser tan dóciles como los gatos caseros. Otra celebridad de Hollywood, Ann Margret, también sucumbió a los encantos del *look animal print* y aparece retratada con su fierecilla domada en varias poses muy naturales. La especie estaba de moda. En los solares de los pueblos colombianos era frecuente ver a una bestia, menos fiera que el tigre, soportando su cautiverio con dietas blandas, lejos de los platos succulentos de la selva: murciélagos, roedores, pájaros y hasta serpientes. En Antioquia, el bello pelaje era codiciado, pues se decía que el carril antioqueño debía lucir en su cubierta un retazo de piel de ocelote, al menos si se preciaba de ser original.

Las manchas del ocelote a menudo se confunden con las de otros felinos de Suramérica, como las del tigrillo o margay. Por un ejemplar vivo los traficantes pueden obtener hasta quince millones de pesos. Para saber con precisión de qué felino se trata, luego de algún decomiso de fauna, la policía ambiental de Medellín emplea una prueba genética que permite identificar la prueba del delito. Pero en diciembre de 2021 un gato aún más indescifrable puso en apuros a los zoológicos y cuidadores del Parque de la Conservación.

Era un minino blanco, muy blanco, de pocos días de nacido. La primera inspección arrojó un solo dato: era hembra. Tenía la piel muy suave, y marcaba



LA FELINA ALBINA

por FERNANDO MORA

territorio haciendo pis por los rincones. Entre sus señas particulares había dos más, tenía las garras demasiado grandes para ser un gato casero y, en segundo lugar, sus movimientos, torpes y bruscos, parecían desorientados; de hecho era incapaz de localizar por sí misma su comida.

Desde que la recibieron, en diciembre del 2021, Ana María Sánchez, zóloga, y el cuidador Carlos Navales recuerdan que la pequeña lucía indefensa, apaleada por la neumonía y los graves trastornos gástricos. Su cabeza pequeña hizo que la confundieran con un jaguarundi. Unos mineros de Amalfi la encontraron abandonada en el monte. Y acaso porque sabían que tener fauna silvestre es un delito, tuvieron la cautela de entregarla al Municipio. Pocos días más tarde, en un estado deplorable, la autoridad ambiental se la ofreció al parque. No toda la fauna que se decomisa puede albergarse allí, pues el presupuesto mensual para mantener animales en condiciones dignas supera los quinientos millones de pesos. Pero la aceptaron.

Al contrario de lo que quiere creer un mito urbano, a los animales enjaulados no se les lanzan perros vivos ni vacas despenadas o proteína de desecho. Después del estudio previo, a la cachorra se le dosificó carne de pollo y de res, pesada en básculas de alta precisión, además de vitaminas y baños de sol. “Estábamos ansiosos por identificar de qué animal se trataba”, cuenta Ana María. Y para evitar más trampas de la naturaleza se le hicieron dos exámenes de ADN. Las dos pruebas, una de la policía y otra de la Universidad de Antioquia, determinaron que se trataba de una ocelote, el tercer felino más grande de América, después del jaguar y del puma. ¿Una ocelote? ¿Pero cómo podía existir un ocelote blanco, sin rastro de manchas? Notaron que la cachorra huía de la luz fuerte que le hinchaba los ojos. A punta de un colirio especial, Navales le detuvo la irritación. Y justo ese síntoma, la fotofobia, sirvió para confirmar que era una ocelote albina, la primera en su especie reportada con este signo corporal en el mundo.

Acosados por el deterioro del bosque natural, las manadas ven reducido su territorio y se ven compelidos a aparearse con miembros de su propia familia. Esto, al parecer, es uno de los motivos que trastorna los cromosomas y origina el albinismo animal.

Cada vez más, los cuidados con la ocelote obligaron a los zoológicos a ordenar turnos continuos día y noche. “No nos importó ausentarnos de las fiestas de navidad y fin de año para atender a la criatura”, dice Navales. Y, a pesar de que se habían encariñado tanto con ella, ni siquiera podían bautizarla, como en los tiempos de Agripina, la orangutana de los años setenta, cuando el lugar todavía se conocía como Zoológico Santa Fe. Parte del trato de los silvestres en cautiverio prohíbe nombrarlos como si fueran mascotas. Aun así, los cuidadores usan claves internas y entre ellos empezaron a llamarla “la felina albina”.

Las pocas veces que abrió los ojos, notaron que los tenía de un rojo encendido y con un borde azul en la pupila, un rasgo extraño a sus demás congéneres. Faltaba la pesquisa de un oftalmólogo de felinos quien exploró el fondo de la retina y despejó la última incógnita,

la que explicaba su deambular errático: ¡la ocelote, además de albina, era ciega! Parecía una exageración, como la del narrador de un cuento de César Vallejo cuando dice: “No puede suceder tanto imposible”.

Suena curioso aceptar que algunos animales silvestres no puedan subsistir en su medio y que requieran de humanos que les brinden lo que nunca tendrían en el bosque natural. Ver a Carlos perseguir a una ocelote con un pañito empapado en aceite Johnson para remover un resto de limo parece excesivo, pero así lo hacen estos abnegados servidores del reino animal. Nos dicen que esta felina, por su condición especial, no sobreviviría en la selva por mucho tiempo. A menudo las madres abandonan a las crías débiles o diferentes, como ella, incapaz de camuflarse con su pelo color leche, un blanco perfecto que pondría en peligro a la manada.

Así fue como la cachorra pasó de tener un kilo y medio hasta alcanzar su tamaño imponente, de cien centímetros de largo y dieciocho kilos de peso. Detrás del vidrio se ve como un enorme gato blanco. Tiene un nicho cubierto, un montículo de roca para rastrillar las garras y el área llana donde le abren la compuerta con la comida. Se mueve con soltura por su espacio. Nadie sospecharía que es ciega. Sus hábitos son fructíferos de un largo y paciente entrenamiento de año y medio al lado de Alejandro López, quien al describir sus rutinas regulares con el animal evoca la nota de Kafka: “Suelo tener la impresión de que el animal quiere amaestrarme”.

Dentro de su cueva se ve a la inquilina en el quinto sueño. De repente, después de que López se acerca al vidrio, la

fiera se levanta, sale del refugio, baja el escalón y se acerca justo al frente. Alza las orejas y apunta su olfato hacia él: ¿cómo creer que no finge su invidencia como los ciegos de oficio? Separada por la barrera de cristal asombra el alcance de su nariz. “Le encantan las fragancias”, dice López cuando alguien muy perfumado se acerca, “ella al instante captura el aroma”. Este atributo también la hace desconfiar cuando le cambian de turno a su cuidador, pues cada humano tiene una huella odorífera. La ocelote, por más hambre que tenga, no sale a comer. Y el reemplazante debe tener paciencia hasta que le venga en gana.

La felina albina no ruge, solo emite suaves ronroneos. Como otras de su especie, juega a cazar presas invisibles, a probar la finura de sus garras. Pero hace algunos meses, López sintió que hacía movimientos menos bruscos que de costumbre. De pronto le pasaba rozando, suave y cariñosa, por entre sus piernas. El ronroneo se tornó maullido. El juego tenía otra intención. Aunque ciega y solitaria, también el celo acosaba a la ocelote.

A pesar de que hay un macho de su especie en una jaula vecina, con el pelaje intacto, cinco felinos silvestres y una leona exótica, esta blanca fascina por su rareza. Sus paisanos de Amalfi la han convertido en un símbolo; la visitan excursiones de escolares y hasta le escupieron un monumento en el parque del pueblo, junto a la figura del legendario tigre, cazado en 1949. Pero a diferencia de ese jaguar ominoso que era visto como un enemigo de los ganaderos, depredador de corral a falta de selva, la felina albina conmueve. Acaso inspire más a la protección animal que cualquier celebridad de la fauna local. ©



Imagen tomada de www.mexicodesconocido.com

EL PUMA Y EL LEÓN

por SANTIAGO RODAS

Era un gatico de pelaje café con algunas manchas oscuras, juguetón, de apenas unos meses de nacido. Lo encontraron entre el monte, dijeron: solito, abandonado. Lo tenían en una finca en un pueblo de Urabá, de mascota. Jugaba con los niños, profería su amor afelpado sin distinción, decoraba con su gracilidad los espacios de la casa. No maullaba porque los gatos del monte no maúllan. Dormía debajo de una de las camas de la familia y se alimentaba de las sobras de los humanos. Sopas, arroz, pollo cocinado. Pero un buen día, luego de unos meses, el gatico creció y creció. Se percataron de sus orejas afiladas, de su pelaje endurecido, ocre, ya sin manchas, su cara cambió y cobró rasgos amenazantes. No era un gato salvaje como inicialmente creyeron, al menos no uno que conocieran. Empezó a atacar a quienes querían jugar con él, se tornó agresivo, inquieto, su instinto lo reclamó y disolvió la docilidad aparente que lo predecía. Era un puma.

Al principio creyeron que amarrándolo a un árbol de mangos podían restituir su jugueteo inicial, que hablándole con buen español entendería que lo querían, que la familia entera era inofensiva, pues eran sus dueños y le deseaban lo mejor; no obstante, pese a sus orejas puntudas y cada vez más grandes, las palabras no parecían

surtir el efecto esperado. Cada vez atacaba con más fuerza, bufaba, sus garras se hacían más afiladas y fuertes y el miedo a que se comiera a la familia también creció después de que matara a una de las mascotas. Logró arañar a un par de campesinos y la cuerda cada vez se veía más inútil para atajar su fuerza y agilidad. Ahora ellos podrían ser la presa.

A falta de otra opción la familia consideró ponerse en contacto con Corpourabá para solucionar el problema del puma. Una vez llegaron los profesionales se dieron cuenta, con algunos análisis y preguntas, de que el puma no podría regresar a su hábitat natural. No tenía las capacidades para adaptarse luego de tantos meses con la familia, con su dieta y la costumbre a la presencia humana. El animal no sabría socializar con los demás pumas y sus complejidades territoriales, no sabría cazar ni defenderse. En definitiva, tenía cuerpo de un puma, pero su personalidad era la de un gato agresivo. Si se encontraba a una persona entre el monte, en vez de huir o atacar, el puma podría acercarse, acostumbrado a los humanos, y la persona, quizás asustada, podría defenderse con un arma y matarlo.

Trasladar a un animal de esas dimensiones es bastante complejo desde el punto de vista topográfico. No siempre hay carreteras ni placa huellas, el

animal debe ir seguro en el guacal para que no se hiera, hay que pensar en sus heces, en su alimentación. Son también complejas las condiciones del clima político, pues la presencia de grupos armados es una constante en los lugares en los que vive la porción más grande de fauna silvestre del país. Lo llevaron al Parque de la Conservación de Medellín, antes Zoológico Santa Fe.

2 Había una vez un bello y fuerte león que vivía en las selvas de Colombia. Su dueño, de paradójico alias, Macaco, lo consentía, le ponía buenos vallenatos y le daba su alimento, pero no era un alimento cualquiera: lo alimentaba de sindicalistas, de guerrilleros, de líderes sociales y de enemigos en general. De pronto, se gestó un dudoso proceso de paz en el que se entregaron alias Macaco y sus amigos. Hubo dejación de las armas y compromisos adquiridos. Entonces el león quedó solito entre la selva, sin saber muy bien cómo alimentarse, sin Macaco. Alguien se apiadó de sus tristes rugidos, hizo una llamada, alguien a su vez se comunicó con el extinto Zoológico Santa Fe, y de allí fueron por el león que estaba encerrado en una jaula de buen tamaño. Durante el traslado el león vio con sus ojos selváticos ríos como el Cauca, las nubes de Bolombolo y las breñas verde oscuras de las

cordilleras Central y Occidental, luego percibió una gran hondonada que rugía también, pero por el ruido de motores, de fábricas y de gargantas.

Una vez instalado en el zoológico no quiso comer carne muerta, eran tan solo pedazos jugosos, pero sin gracia, no le apetecía ni miraba las presas de pollo, la costilla de res, la pierna de cerdo. Nada. No le interesaba lo muerto, lo quieto. Su alimento debía estar vivo y sazonado con, al menos, la Primera Internacional, pensaron los operarios del zoológico. Pero no podían satisfacerlo así, no estaría bien visto. Hasta que el león cuya hambre se notaba en los huesos forrados, bien visibles en su pelaje, mal que bien, empezó a comer por la necesidad la carne que los cuidadores le ofrecían. Murió después de unos años en una jaula de Guayabal, con los vallenatos de Barrio Antioquia sonando en el fondo de la selva artificial.

3 La jaula está aparentemente vacía. No lo veo, pero el puma percibe cada uno de mis movimientos. “Si hace frío no sale”, me dice quien está encargado de alimentar a los felinos del parque. “El animal nos huele, nos siente en todo momento”, aclara. El león de Macaco murió en una de estas jaulas hace años, al igual que la mayoría de los animales de Nápoles y la triste Agripina que no estoy seguro si vi fumar los cigarrillos que la gente le arrojaba. Así se percibe la ausencia de un puma joven. Me quedo unos minutos mirando su hábitat, las plantas, el encierro.

El encargado me corrige cada vez que digo la palabra jaula, la palabra zoológico. Ahora es el Parque de la Conservación. Me confiesa su tristeza por los animales bajo el yugo de lo humano, pero sin este lugar que les ofrece las mejores condiciones posibles, lo más probable es que estuvieran muertos. El tráfico de fauna es el tercer negocio ilegal más rentable después de la droga y las armas, me explica.

El puma sale de su encierro, muestra su cuerpo entero, elástico, solvente y se recuesta sobre una piedra artificial. Me mira con sus ojos amarillos y profundos. Imagino un encuentro sin las rejas, en el bosque, ¿qué podría hacer un cuerpo ciudadano y enclenque como el mío? Seguramente nada, esperar a ser devorado, nada más. La palabra majestuoso no le queda grande a este animal. “Él es juguetón, cuando lo alimento. A veces, se comporta como un gato doméstico”, me dice el encargado. ☺

No conoce de majestades, no sabe que sus alas extendidas están en decenas de billetes y escudos, ni que las líneas de Nazca trazan su pico filudo, ni que las momias de Machu Picchu ofrecían sus restos para que los llevaran al cielo, no al cielo azul y terreno, sino al Hanan Pacha, al reino de todos los dioses. Nada sabe de mitos. Solo da la espalda a los visitantes y bosteza con desgano parado en su percha. La modorra de las cuatro de la tarde no da para más. Ya se ha comido sus dos kilos y medio de carne del día. Digiere los ratones, los conejos, la carne del costillar de un caballo recién despresado. Carne fresca eso sí, porque no le gustan las sobras, solo la carroña recién servida. No sabe de dignidades pero tiene claro que merece comida sangrante. Su cabeza pelada se sumerge en la carroña hasta manchar un poco su collar nevado. Tiene una gran ventaja frente a algunos de los animales que viven en el Parque: no extraña la caza, no ha olvidado las habilidades del acecho, no vive lejos de su instinto para la emboscada. Lo suyo han sido siempre los cadáveres, así muchos piensan que puede robar animales vivos con sus garras. En realidad son patas para caminar y percharse, más planas que prensiles. No sabe de mitos ni de raptos.

Es imposible no verlo triste, tan quieto, tan antipático con los visitantes, con ese traje de sala de velación: negro, blanco, negro, con dos coletas de frac a media espalda. La procesión de visitantes no ayuda a mejorar el ambiente. Niños excitados, dándole cuerda a un mono que golpea un tambor con frenesí; abuelas cansinas, tal vez identificadas con la gerontología animal; padres y madres que señalan y retratan. Un cartel informativo describe una pareja de cóndores en ese hábitat protegido que nadie quiere llamar jaula ni pecera de aves ni celda. Los visitantes buscan a la pareja del cóndor, la explicación del cartel deja claro que el espécimen a la vista es el macho y comienzan las preguntas: ¿dónde está la hembra? ¿Y la esposa está dormida? ¿La señora qué se hizo? ¿Se les escondió la dama? Y el cóndor se ve todavía más solo. Tiene el espacio más amplio del Parque, el ave más grande del mundo —solo el albatros real le planta apuesta— puede caminar a sus anchas y abrir sus alas para un baño de sol y desconocer a los tres reyes de los gallinazos que lo vigilan desde la cabina de enfrente. No puede volar, solo saltar de la percha a la gruta y de la gruta al pequeño foso de agua. Saltar es una palabra triste para un cóndor.

Esa soledad exhibida tiene una novela romántica de trasfondo. Una dama lánguida, enferma para responder al amor. La historia de un cortejo fallido, los intentos de los celestinos y la señora muerte que no perdona. La dama que lo acompañó durante al menos cinco años murió en 2020. Pero no debo humanizar esta historia, ni ponerles nombre a los animales del Parque como si fueran mascotas, ni bien vestir las tragedias naturales. Es hora de ser serios. Solo sesenta cóndores libres vuelan sobre pequeños mamíferos a sus madres, los vuelve blanco de las escopetas campesinas. La radiografía de la hembra deja ver los perdigones como un reguero bajo sus alas. Parece la foto de una autopsia luego de un cruento changonzazo. No había forma de evitar que el plomo envenenara la sangre de la hembra con cada latido. También él tiene sus señales de disparos pero son menores, no hay rastro significativo de plomo. La hembra solo vive en el aviso informativo y en las preguntas de los visitantes, es un fantasma que abre las alas en la noche. Ya volvió la fantasía romántica.



CÓNDOR SOLO HAY UNO

por PASCUAL GAVIRIA

que prometerse nada, su naturaleza les deja clara la monogamia. Y no es poco tiempo, en cautiverio pueden vivir hasta 75 años, y libres vuelan fácilmente hasta los cincuenta.

Pero en el Parque no hubo vida en común para los recién llegados. No fue posible el acople, me dice el etólogo. Hubo intentos, sí, las alas abiertas, el pecho inflado del macho, la cercanía en la gruta. Pero la hembra nunca atendió el llamado. Había química, pero una química mortal. La hembra tenía doce perdigones de plomo en su cuerpo y ese veneno en su sangre la hizo apática, no dejó que su cabeza se pusiera amarillenta como les sucede a los de su especie en momentos aptos para la reproducción. De modo que el macho renunció a sus íntimos deseos. Es leyenda que los hace animales cazadores, culpables de arrebatar terneros u otros pequeños mamíferos a sus madres, los vuelve blanco de las escopetas campesinas. La radiografía de la hembra deja ver los perdigones como un reguero bajo sus alas. Parece la foto de una autopsia luego de un cruento changonzazo. No había forma de evitar que el plomo envenenara la sangre de la hembra con cada latido. También él tiene sus señales de disparos pero son menores, no hay rastro significativo de plomo. La hembra solo vive en el aviso informativo y en las preguntas de los visitantes, es un fantasma que abre las alas en la noche. Ya volvió la fantasía romántica.

No se puede decir que este macho, posado sobre la rama que sostiene sus doce kilos, sea viudo. Es apenas un joven que no ha probado hembra. Quien murió fue su compañera de vuelo en avión y cautiverio. Así que no se pierden las esperanzas de que pueda encontrar una hembra en alguna de sus aventuras en compañía de biólogos y cámaras, hay tres candidatas esperando en Bogotá. Si de verdad fuera viudo, si hubiera tenido una vida en común con su compañera de cabina y ella hubiera muerto después, sería muy difícil que se decidiera a buscar una nueva pareja. El recuerdo puede hacer retroceder a los cóndores que han perdido su dupla. Lo de la monogamia va en serio. Se espera entonces que pueda viajar al Parque Jaime Duque para intentar la hazaña. Porque la reproducción de los cóndores tiene algo de gesta, todo muy planeado, todo muy despacio, todo muy cauto. Solo ponen un huevo cada dos y el ciclo de cortejo, apareamiento, incubación y crecida del polluelo dura cerca de tres años. Cóndores no engendran todos los días. Son parcos en los menesteres de la reproducción, lo suyo son gozos del vuelo, menos agitados y menos pedestres.

Los cuidadores del cóndor hablan de su docilidad y sus comportamientos naturales. No hay nada en su conducta que denote estrés por su condición de cautiverio y su vida lejos de los riscos bajo tres carboneros y algunos platanillos. Si viera una amenaza en los humanos

que lo alimentan o tuviera molestia en quienes lo espían detrás del vidrio utilizaría su arma oculta: regurgitar un poco de sus jugos gástricos contra los posibles atacantes. Los carroñeros saben usar sus poderes, cualquiera preferiría un picotazo a un pequeño baño con sus caldos. Según los etólogos que estudian sus comportamientos, el cóndor no está aburrido en su jaula, esos bostezos son normales y esa inquietud también. No da muestras de irritación como algunos primates ni merodea sin mucho sentido como algunos felinos del Parque. Intuir su tristeza puede ser también una forma de humanizarlo, de contemplar sus alas plegadas con algo de conmisericordia.

Pero no todo es silencio y soledad. El cóndor tiene visitas desde el exterior. Como si viviera en una película de Disney donde los animales de distintas especies se hermanan y se ayudan, donde hablan con los mismos graznidos. En las tardes es normal que arrimen a su jaula las piguas y guacamayas, visitantes con curiosidad por ese gigante que tiene un pico similar y que extiende sus alas en una ceremonia diaria. Por las rejas tocan sus picos para socializar. ¿Qué significa ese contacto? ¿Hay algo de fraternidad? ¿Es un simple choque de dos garfios que intentan medirse, oír el ruido que producen al chocar? Es difícil saberlo, pero la imagen de una guacamaya y un cóndor mirándose con interés y cuidado deja algo de la alegría que puede entregar eso que llamamos reino animal. ☺



A penas llegamos salió a nuestro encuentro, frentero. Se movía inquieto, mostrándonos sus dientes a través de la reja, mordiéndola, colgándose de la cola para que viéramos sus gúevas de frente. Ahí les está mostrando que tiene con qué defenderse, nos dijo Jorge, que no parecía impresionado por su actitud agresiva. Su reacción no era para menos, un poco más atrás la mona aulladora estaba en una tabla con su cría, pendiente, cautelosa.

Para agarrar una cría de mono aullador hay que matar a su madre y a todas las hembras de la manada que comparten su cuidado. Ese monito tan lindo que le ofrecen a los niños en carretera básicamente viene de una masacre. Y por más pañales, gafas oscuras o correas de perro que le ponga, tener fauna silvestre en casa es un delito.

Jorge Aguirre lleva 28 años trabajando como promotor de bienestar animal. Le pregunto qué se necesita para trabajar cuidando animales en el zoológico y me dice que lo primero es dejar de decirle así, que ahora se llama Parque de la Conservación. Lo otro, entender que los animales silvestres no pueden ser cuidados como mascotas, aunque eso implique dejar a un lado la ternura inevitable que provocan sus miradas curiosas, sus pieles de colores llamativos, sus gestos malinterpretados como cariñosos.

Mientras hablamos, al ver que no somos una amenaza, la actitud del mono aullador pasa a ser indiferente. Se aleja balanceándose por una cuerda y sigue con su vida. Este aullador llegó al Parque en 2012 siendo ya un mono adulto, después de ser decomisado por la autoridad ambiental. Cuando lo encontraron estaba amarrado como un perro, tenía marcas de una sogá por todo su cuerpo y desnutrición severa. Las personas que lo tenían pensaron que dándole banano era suficiente.

El problema es que su alimentación es mucho más compleja. Los aulladores son folívoros, o sea que comen principalmente hojas. Rara vez tocan el suelo..., se la pasan de rama en rama por la selva tropical buscando brotes de ojoche, caucho sabanero o yarumo. En el Parque les preparan ensaladas con pepino, papaya, habichuelas, hojas de apio, espinaca, caucho y pomarrosa. A veces también compotas de mango. Cada individuo tiene una dieta especial diseñada por un nutricionista veterinario. En el centro de alimentación animal pican, trocean o trituran cada ingrediente para después pesarlo y servirlo en un horario específico. Después de observarlo, la idea de que un mono solo come banano me parece ridícula.

En *El origen del hombre*, Charles Darwin describe el sonido de los aulladores como un concierto horriblo que dura a menudo muchas horas. Como no tuve oportunidad de escucharlo, lo busqué en YouTube pensando que me encontraría con un coro de bramidos de perro herido; pero en realidad es un rugido, un sonido gutural que cualquier vocalista de *death metal* ansiaría tener.

Hace un tiempo este mono aullador rojo perteneció a uno de los grupos que rehabilitaron para regresar a la selva del Magdalena Medio. De algún modo el Parque de la Conservación es también un centro de rehabilitación, un campo de entrenamiento para regresar a la vida al natural. Le presentaron su nueva familia, le trataron los parásitos que le pegaban las palomas y las ratas de la ciudad, le enseñaron a recolectar su propia comida, a no depender ni confiar en los humanos. Tres años y medio le costó a su manada estar lista. Los llevaron por carretera, a cuestras, y hasta en lancha por el río Cauca. Por fin en el sitio, los biólogos pusieron el guacal en el piso y abrieron la puerta con cuidado, expectantes. El macho alfa salió a explorar primero y

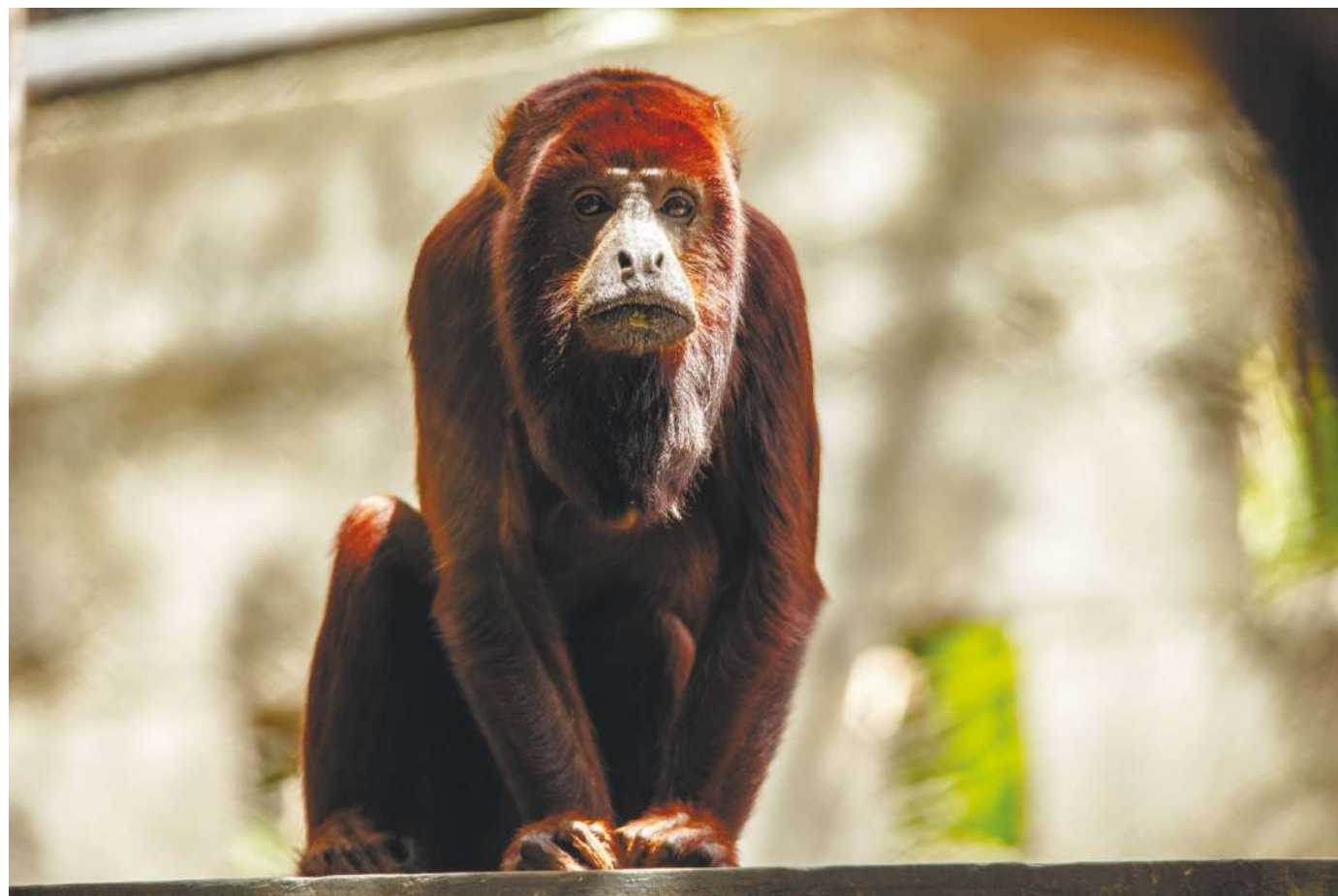
con un aullido le avisó al resto que sí, que era segura esa nueva casa sin mallas metálicas. Poco a poco la manada fue saliendo a treparse en los árboles, arrancar hojas frescas y balancearse patas arriba. Todos, excepto uno. Los biólogos intentaron darle unos días, quizá se animaba a salir tras los otros. Pero cuando volvieron a monitorear el sitio, seguía ahí, parado en la puerta del guacal esperando una cara conocida que lo montara en lancha para cruzar el Cauca de regreso a Medellín. El tiempo que pasó con los humanos había dejado una huella imborrable.

No hubo más remedio que volver a traerlo al Parque y descartar de una vez que participara en otros grupos de rehabilitación, era un hecho que el resto de su vida sería en cautiverio. Pero su historia no terminó ahí. Ya en su casa de ciudad, por pura casualidad, una de las aulladoras que estaba al lado de su espacio de aislamiento comenzó a hacerle ojitos. Se cortejaban y en las tardes se les veía cogiéndose las manos a través de la reja. Los cuidadores decidieron juntarlos a ver qué pasaba. Parece que en las noches en vez de aparearse se dedicaron a hacer planes de escape, porque la aulladora aprendió a abrir los pasadores de las puertas y huía saltando. Aunque el mono salía detrás, no se trepaba a los árboles. Quizá eso impidió que ambos terminaran en Nutresa robando galletas.

Unas semanas más tarde, ya abandonado el ímpetu de fuga, la barriga de la aulladora empezó a sobresalir. Seis meses después nació la cría, pero a pesar de darle todos los cuidados posibles, no sobrevivió. La que veo hoy es su segunda cría, un monito aullador con nueve

CASA POR JAULA

por LAURA ALMANZA



meses cumplidos que pronto dejará de estar colgado a la espalda de su madre.

Le pregunto a Jorge cuáles son las probabilidades de que un mono nacido en cautiverio sea liberado en la selva. Desvía la mirada. Me dice que no tiene un número, que tal vez sea posible porque ya han liberado a un par de monos nacidos en el Parque, pero que es difícil. Probablemente la única selva que conoce sea un islote rodeado de tortugas y un par de cisnes, escuchando los carros que pasan por la Avenida Guayabal. ©

En el **Bazar** de la confianza

Más de **23 mil** personas

comprobaron porque la confianza *es demostrar*

Conoce más

confiar coop

EL LIBRETO DE LA SELVA

por JUAN CARLOS ORREGO
• Ilustración de Hansel Obando

De acuerdo con una antigua tradición latina, el pastor Fáustulo encontró dos niños gemelos abandonados junto al Tíber, en un rincón pantanoso perdido entre las colinas de Roma. Los infantes derrochaban salud, puesto que una loba y un pájaro carpintero los habían cuidado con todo el esmero imaginable. Fáustulo llevó los niños a su casa y los crió como si fueran suyos y de Acca Larentia, su esposa. Muchos años después, Rómulo y Remo —tales eran los nombres de los gemelos— fueron a la ciudad de Alba Longa y mataron al rey Amulio, pues había sido él quien, en el pasado, quiso perderlos.

Cabe suponer que ese mito romano es una de las primeras manifestaciones del gusto occidental por las historias de niños perdidos en el bosque. Desde entonces —quizá desde antes—, el motivo ha sido aprovechado para entretener, pero, sobre todo, para colgar de él alguna moraleja sobre la condición humana o, en general, la vida. Rómulo y Remo sobrevivieron al abrazo del mundo silvestre por mandato del destino, toda vez que era necesario que regresaran a la civilización para vengarse de Amulio, usurpador del trono de Numitor, abuelo de los muchachos. La selva se hizo nido cálido para que, en el futuro, alumbrara la justicia.

Otras historias de niños perdidos, protegidos por los lobos, acabaron alimentando conclusiones igualmente rosáceas, como aquella según la cual hay entre los hombres y algunos animales vínculos tan insospechados como poderosos. Como prueba de esa tesis fue esgrimido el hallazgo en 1341, en Hesse (Alemania), de un niño del que se dijo que lo habían alimentado y cobijado los lobos. Asimismo, en Midnapore (India), un misionero cristiano encontró dos niñas en el último rincón de la guarida de una loba, la cual, según refirió el ministro de Dios, había sido “caritativa” al punto de no comérselas y, en cambio, protegerlas. Dicho sea de paso, rumores más antiguos sobre niños criados por lobos en otras comarcas indias inspiraron a Rudyard Kipling la que, quizá, sea su obra más famosa: *El libro de la selva* (1894).

Los lobos, sin embargo, no son imprescindibles en la trama que nos interesa. Peter, un joven salvaje capturado en Hannover en 1724, inspiró a Jean-Jacques Rousseau su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1754), fuente de la que procede el concepto, hoy famoso —tanto o más que el mismo Rousseau—, del “hombre natural y libre” que la sociedad se complace en corromper. Medio siglo después, de los bosques de Aveyron (Francia) surgió un salvaje de doce años, Víctor, en quien los discípulos del filósofo ginebrino

creyeron ver la mejor encarnación del “hombre en estado puro”. La salvaje floresta, benévola y acogedora, había preservado, una vez más, las pruebas más convincentes de que las ilusiones morales de la humanidad marchaban por el mejor camino.

Con el tiempo vino a saberse una triste verdad: que la vida en bosques y selvas era una experiencia hostil y de dudoso éxito, y que si algunos niños habían regresado no había sido, precisamente, para contarlos: los agobiaban uno u otro defecto mental o trauma psicológico, y era precisamente por eso que habían sido abandonados o se habían perdido. Un ser humano enteramente natural jamás ha existido: se llama *Homo sapiens* a una criatura que, desde su surgimiento, tiene tanto de natural como de cultural. Sin concesiones románticas, el psicoanalista Bruno Bettelheim zanjó la cuestión de los jóvenes salvajes al consignar, en *La fortaleza vacía* (1967), que “los llamados niños feroces no han sido otra cosa que niños con la forma más grave de autismo infantil, independientemente de que algunos fuesen débiles mentales”. Para colmo, los lobos bienhechores no habían sido, del todo, reales: el supradicho misionero acabó confesando que había inventado la historia de la loba caritativa, pues no encontró otra manera de explicar el comportamiento “animal” de las niñas. Kamala y Amala —como las llamaron— se ponían hostiles en la noche, perseguían aves, robaban carne cruda y aullaban.

Una cosa, sin embargo, es la ciencia, y otra las artes de la imaginación. Pese a los balances académicos más escépticos, el mito de la selva cuidadora —el *locus amoenus* de los románticos, si se quiere— se mantiene fresco y lozano a sus espaldas. Edgar Rice Burroughs, lector de Kipling y autor de *Tarzán de los monos* (1914), ideó una jungla en la que se corrían menos riesgos que en los barcos ingleses, y en la que habitaban simios tan caritativos como la loba de Midnapore. Prueba de eso es la mangani Kala, madre adoptiva del hijo huérfano de lord Greystoke. En la segunda mitad del siglo XX, Randal Kleiser, productor y director de *La laguna azul* (1980), hizo de una selva tropical, sembrada en medio del mar, el mejor laboratorio para la educación sentimental de dos naufragos adolescentes, Richard y Emmeline (mejor conocida, ella, como Brooke Shields). Poco antes, en Colombia, Jairo Aníbal Niño había descrito, en *Zoro* (1977), una selva cuyos animales ayudan a los niños a vencer las asechanzas y trampas de los colonos blancos. Zoro, el joven protagonista, encuentra a su paso tigres de cristal que cantan como pájaros, pero, sobre todo, avanza por los caminos selváticos gracias a un tente, ave guía que, según le ha dicho su abuelo, es más fiel que un perro (es decir, que un lobo domesticado).

De *Zoro* al reciente drama de los niños uitotos perdidos y encontrados en las selvas del Caquetá hay apenas un paso. Es, por lo menos, lo que deja colegir una columna de Julio César Londoño sobre el asunto, “Tan bellos los indiecitos”, publicada en el diario *El Espectador* a los pocos días del milagroso hallazgo de los menores. De acuerdo con Londoño, cabe la posibilidad de que Lesly y sus hermanitos temieran más a los hombres que a la jungla espesa, y que hubieran preferido esconderse de tanta gente con camuflado y botas, que acaso se les antojaba tan perversa como los colonos que buscan a Zoro. Nada como el abrazo protector de las benévolas entidades selváticas, sugiere Londoño, quien apunta que los niños sobrevivieron por obra de “una minga de dioses orientales y nativos, por el


espíritu del jaguar y la energía del agua y de los ‘elementales’ de las plantas”. Por supuesto, hay algo de sorna en las palabras del columnista, cuyo objetivo es, en buena parte, denunciar la hipocresía de una sociedad que se muestra conmovida por la apoteosis indigenista del rescate, olvidando que hace muy poco —en el fragor del estallido social de 2021— disparaba contra las comunidades ancestrales del Cauca.

Hoy, como desde hace milenios, la anécdota de los niños en la selva ha sido puesta al servicio de las grandes reflexiones morales. De hecho, es sintomático que se insista en vincular un perro a la historia, como si de tal manera se la hiciera más elocuente. Porque, es necesario decirlo, el papel de Wilson en esta aventura se antoja más borroso que heroico. El perro, es verdad, logró contactar a los niños, pero terminó por abandonarlos para seguir otro rastro, con tanto empecinamiento o con tan poca pericia que acabó —él sí— extraviándose. Las decisiones prácticas de Lesly, los morrales con provisiones arrojados por el ejército y la persistencia de la guardia indígena fueron los factores determinantes para el éxito de la Operación Esperanza. A Wilson, como a Arturo Cova, lo devoró la selva, y es muy posible que, desde hoy, su evocación reemplace a la del “hijo de Lindbergh” en la popular frase hiperbólica sobre gente extraviada.

Más allá del asunto del perro, el entusiasmo del momento —la lección promovida por la anécdota— tiene que ver con la afirmación de la cosmovisión indígena, o, más exactamente, de lo que se percibe como tal. La idea de que la selva, con sus espíritus o energías, retuvo o acogió a los pequeños uitotos hasta que buenamente quiso soltarlos ha sido tomada de labios indígenas y reproducida con entusiasmo por los medios de comunicación. Sin entrar a considerar la legitimidad cultural de esa tesis, no deja de ser llamativa tanta aquiescencia por parte del público no indígena. De hecho, más que aquiescencia hay felicidad. Se entiende por qué: hoy, cuando ya no nos interesa filosofar sobre la naturaleza humana ni sobre las condiciones ideales de la educación sentimental, la reciente aventura de los hermanos Mucutuy viene a servir como pretexto para ejercer esa corrección política que, en un tema de moda, todos necesitamos exhibir; la aventura se ofrece como la oportunidad perfecta para mostrar apertura antropológica o, si se quiere, *pachamartismo*, sin importar lo que cada uno crea de labios para adentro. Casi hemos construido una suerte de consenso nacional frente a la tesis esotérica de que a los niños los salvó la buena energía del mundo. Por esa misma vía —la de entender la cosmovisión indígena a medias, remarcar en ella los colores que más nos gustan y difundirla en nuestros términos— fue que nos convencimos de que todos los pueblos indígenas aman las plantas y los animales como si fueran sus hermanos, y que, sin excepción, conciben a la tierra como su madre. Sin embargo, nada en el mundo es tan redondo.

Una de las glosas más precisas sobre el extravío y encuentro de los niños la hizo Alex Rufino, un fotógrafo ticuna entrevistado por *BBC News*, y quien, con agudeza y objetividad, analizó las razones por las cuales Lesly y sus tres hermanos se mantuvieron con vida a lo largo de cuarenta días. Pese a que también cae en la ligereza de decir que la selva no era ninguna amenaza y que, por el contrario, había salvado a los niños (por ejemplo, los había lavado con su lluvia), Rufino sabe que el conocimiento de la vida silvestre que tenía la adolescente fue, a la postre, definitivo para garantizar la sobrevivencia

del grupo. Muy probablemente, Lesly había aprendido, de sus mayores, a estar y andar por la selva; sabría que podía alimentarse de lo mismo de que se alimentan los micos, pues, al fin y al cabo, son lo más parecido a nosotros en el corazón de la manigua; intuiría que donde se oye quebrar una rama puede haber un camino; habría visto a otros indígenas fregarle el cuerpo con hojas para preservarse de las picaduras de los mosquitos; sospecharía que las serpientes más fácilmente se apartan de un pie limpio que de uno embarrado; sabría que ciertas frutas rojas de temporada podían comerse, etc. Aunque algunos prefieran las explicaciones místicas, casi sobra decir que, si esas u otras ideas útiles estaban en la cabeza de la joven Mucutuy, no fue precisamente un espíritu benigno o un tigre de cristal quien las puso ahí.

La conclusión, de tan simple, casi puede decepcionar. La selva es un lugar terrible; es, como escribió José Eustasio Rivera en *La vorágine* (1924), “la catedral de la pesadumbre”. A los animales que la recorren día y noche no les importa la suerte de nadie ni de nada, como no sea la de su propio estómago, y de ahí que lo más adecuado sea no perderse entre la fronda. Y si eso llega a suceder, lo único que, amén de un golpe de suerte, puede salvar al extraviado es su formación en la escuela de la sobrevivencia. Una cosa es la selva y otra el conocimiento sobre ella, y es de lo segundo —eso que también conocemos como *cultura*— de donde proviene la más segura salvación. Quizá eso sea lo único que dicen los mitos, por más que, para decirlo, se vistan con pieles de lobos caritativos. 



Juancho, baile

por JOSÉ ARDILA

• Ilustraciones de Elizabeth Builes

Vivía en Calle Estrecha un idiota.

Pasaba en las mañanas muy temprano por el frente de la casa y regresaba al final de la tarde, cargando regularmente un bulto en exceso pesado para cualquier ser humano.

Era idiota y grande y feo.

Y reaccionaba a su nombre y a una instrucción, Juancho, baile, con un contoneo y un balbuceo como de una alegría muy primaria y animal:

Baile, baile, baile, decía.

Y bailaba.

Y luego seguía su camino con la inexpresividad usual de su rostro, como si nada, como si hubiera estado atrapado brevemente en otra dimensión y lo hubiera ya olvidado.

Era chistoso siempre.

Nos reíamos la Ingrid y yo en la acera. Y a veces era ella la que gritaba Juancho, baile, y a veces era yo y a veces éramos los dos al mismo tiempo, en un coro involuntario, un Juancho, baile competido y desbocado por la agitación de la carrera desde la sala hasta la acera, desde el baño hasta la acera, desde el cuarto hasta la acera, porque de repente lo presentíamos llegar o cogíamos en el aire el grito de alguien más —del Julio. O del Topo. O de la Yainer—. Y era ese Juancho, baile, y luego su respuesta, baile, baile, baile, y las risas posteriores, por supuesto, y con frecuencia simultáneas y hasta pretéritas al baile mismo, al grito mismo, a su silueta grotesca, como un eclipse, aconteciendo en aquel firmamento otro que era la esquina de la calle.

De ese tamaño era la expectativa por la llegada del idiota.

Y de esa dimensión, nuestro aburrimiento, el peso de las horas muertas en el pueblo.

Regresábamos de la escuela, nos cambiábamos el uniforme, almorzábamos y nos parábamos en el marco de la puerta o la ventana a ver pasar el día, a verlo retroceder, mejor, hasta que la calle —es decir, el mundo— estuviera en los términos que mamá juzgaba una temperatura razonable. Y así todos los otros niños de la cuadra —la Yainer, claro. Y el Julio. Y el Topo—. Cada uno con la cabeza asomada en el umbral de su mundo impuesto por una línea incandescente.

Cruzar esa línea no era buena idea.

No tanto por el sol sino por mamá y su firme voluntad de no lidiar con las complicaciones que traen los muchachos insolados:

Llevarnos al hospital, por ejemplo.

Soportar los regañones del médico.

Aplicarnos cremas tres veces al día, por dos semanas seguidas.

Bajarnos la fiebre con baños de matarratón.

Socorrernos en el delirio de medianoche.

Excusarnos en la escuela.

Presionar para que nos desatrasáramos luego de las lecciones y las tareas perdidas.

No era posible estar seguro del castigo si mamá nos sorprendía jugando a pleno sol, apostando a dar primero la vuelta en bicicleta a la manzana, por ejemplo —con el Julio. Con la Yainer. Con el Topo. Aunque el Topo ganaba casi

siempre y, por lo tanto, correr el riesgo en esa apuesta era algo innecesario—. Ni siquiera su estado de ánimo, el de mamá, era una pista suficientemente confiable. Podía estar muy contenta e igual caernos con dos o tres correazos de la nada, en las piernas, en la espalda, en el culo, o podía estar por el contrario muy furiosa o muy triste, con frecuencia las dos cosas, y darnos una advertencia suavecita, inofensiva, casi una caricia: ¿No ven, mijos, que se me queman toda la carita? Y a nosotros nos daba un no sé qué de vacío y de impotencia y nos íbamos para la casa en silencio, adoloridos muy adentro de las carnes, de los huesos, en el tuétano mismo del espíritu, a preferir los tres correazos en donde fuera necesario, que ver a mamá el resto del día en ese estado de ánimo todo peye, como de borde del abismo.

No tenía Juancho quién le cuidara la carita ni quién lo entrara a correazos cuando empezaba a quemarse con el sol. Vivía con su abuela y una tía. La tía cuidaba a la vieja y a Juancho no lo cuidaba nadie. Uno pasaba por su casa y sabía que Juancho estaba adentro porque la voz de la tía —tan de plumas coloridas suspendidas en el aire— revoloteaba entre los muros en un solo cacareo de su nombre: Juancho esto, Juancho lo otro, gritaba, vení para acá Juancho, pedazo de atembao, ayúdame a cargar a mi mamá, Juancho, dón-de está la plata, Juancho, ¿y querés que nos alimentemos a punta de boleja?, maldito mongolo, ¡Juancho!, ¡Juancho!, es que si yo pudiera trabajar, ¡oíste, Juancho, te íbas demorando!, ¡Juancho!, ¡Señor mío, cuándo será que te lo llevas de mi lado!, ¡Juanchoooooo!, ¿es que estás sordo o es que yo no me hago entender?

La abuela no se oía nunca. Si uno no supiera suficiente —si no se hubiera enterado, por las conversaciones de los grandes, de que mucho tiempo atrás la vieja hacía fértil al infértil, se-caba los instintos del infiel y destruía rivales por encargo a punta de rezos y yerbas traídas del Chocó— hubiera podido pensar incluso que llevaba la vida entera muerta. Era una cosa silenciosa y quieta, que veía uno en la sala de su casa o en la acera o en el patio cuando tenía la puerta abierta. Pero no se le veía nunca desplazarse. Estaba aquí o allá y punto, sin evidencia de haberse movido alguna vez. Imagino que cambiaba de lugar según los ánimos de la tía: una mujer despelucada, gigante, no tan gigante como Juancho, pero más aterradora. Nosotros —con el Topo. Con la Yainer. Con el Julio— toreábamos a la tía en nuestras noches de más aburrimiento. Golpeábamos un balón contra la fachada, por ejemplo, y aquello era siempre como provocar a un perro bravo. Emergía armada con escobas, con piedras, con agua hirviendo y hasta con mierda recién cagada, y la sentíamos detrás de nosotros a una velocidad que no encajaba con su cuerpo y que lo hacía todo más divertido, más genuina actividad de alto riesgo, y su voz aguda, muy aguda, siempre charra, ja, respirándonos en la nuca, bandidos, decía, bandidos, a joder con la chocha de su abuela, jajaja, delincuentes, pa meterlos presos o mandarlos a pelar. ¡Úpa!, le gritábamos, ya habló

la dura del barrio. Y entonces la tía de Juancho apalancaba su par de chancas en la tierra y embestia con mucha más potencia, pero la traicionaba pronto su gordura, su ímpetu de tractomula vieja, y la íbamos dejando a distancias cada vez más seguras, con el corazón en plena revolución por el terror y la adrenalina de haber sobrevivido nuevamente a esas fauces, a esas dentelladas salivantes y nos volvíamos y la veíamos jadear, furiosa, frustrada por no poder matar muchacho, por no poder partírnos el pescuezo, yo los cojo, decía, ¡jua!, un día de estos los cojo, y van a ver, pelaos malparidos.

Qué risa.

Eso más o menos sabíamos de la familia de Juancho.

De lunes a domingo, como el sol mismo, salía el idiota en las mañanas y se guardaba en la tarde, con la piel brillante y vaporosa de tanto jornalear. Más negra que la piel del Julio y de la Yainer. Más negra que la de su tía y la de su abuela. Negra como la de ningún negro conocido. Negra como el tronco que ha ardió toda la noche en el incendio.

Insolado, probablemente.

Delirante cada noche, imagino.

Sin hospital.

Sin regañones del médico.

Sin cremas.

Sin baños de matarratón.

Curado, cada vez, en el transcurso de las horas nocturnas, a punta de la cantalita desvelada de la tía.

Había estado Juancho siempre ahí, como otras tantas cosas de los pueblos, como la iglesia, como el río, como el árbol más grande del parque. Cuando mamá tenía nuestra edad, salía a la puerta de su propia casa a gritarle Juancho, baile a Juancho y se reía como nosotros, y Juancho respondía baile, baile, baile, y bailaba y continuaba su camino como si no hubiera sucedido nada.

Todo idéntico.

Y lo hacían también los diez hermanitos de mamá.

Y sus primos.

Y la gente que había vivido desde siempre en Calle Estrecha y en cada calle en la que Juancho tuviera algún asunto. Lo hacía don Jairo, el de la tienda, cuando era niño. Y doña Brunilda, la testigo de Jehová. Y don Wilson, que manejaba el camión de Coca Cola. Y los vendedores de la plaza de mercado donde Juancho iba a bultear unas horas

cada día. Y los papás del Julio y también los de la Yainer. No lo hacían los papás del Topo, por supuesto, porque llegaron desde la ciudad ya muy demasiado tarde y se creían, los papás del Topo —y el Topo mismo, a decir verdad—, mejor gente que nosotros. Les parecía todo lo de acá severa salvajada. Las calles polvorientas. La bulla. El clima. Para el Topo nunca había correazos si jugaba en pleno sol. En cambio, desde la puerta de la casa, le decía su mamá —le cantaba, mejor—: Mi amor, éntrate ya. Vida mía, mañana vas a amanecer enfermo. Te pido, por favor, corazón, que reflexiones sobre en qué te equivocaste y luego conversamos. Qué iban a entender ellos la belleza de un Juancho, baile bien gritado. Y luego el valor de lo demás. De que Juancho detuviera la marcha en ese instante, por ejemplo. Su gesto profundamente tonto y abstraído. Y que dijera: baile, baile, baile. Y que bailara, en efecto. Y que luego siguiera su camino. Y así mismo, hacía atrás, por cuatro generaciones mal contadas.

Juancho a los cuarenta: baile.

Juancho a los treinta: baile.

Juancho a los veinticinco: baile.

Juancho a los dieciséis: baile.

Baile, baile, baile.

Puede suponer uno que ya había algún niño en este pueblo diciendo Juancho, baile cuando Juancho era muy pelao, pero no ha sabido nadie nunca

quién se lo dijo la primera vez de todas. Quién activó ese oculto mecanismo, y bajo qué circunstancia, y vio cómo funcionaba y luego divulgó el hallazgo poco a poco y fue heredado de padre a hijo y de padre a hijo y de padre a hijo hasta que llegó a nosotros, hasta esa exacta imagen de la Ingrid y yo y la Yainer y el Julio e incluso el Topo apostados en la acera, atentos al lentísimo retroceso del sol.

Como nuestra casa estaba casi al principio de la calle, podíamos ver llegar a Juancho antes que nadie, antes que el Julio o la Yainer o el Topo, que decía con frecuencia, y tenía cierto grado de razón, que veía mejor que cualquier otro, que la Ingrid, que el Julio, que la Yainer, que yo, que cualquier otro de la cuadra, del barrio, del pueblo entero, y corría mejor que nadie también y saltaba más alto que cualquiera y que hasta en Medellín la tenían difícil pa ganarle y que un día sería más fuerte que Juancho incluso, pero no para cargar bultos de leña o de banano o de mercado, sino para ser medallista olímpico y futbolista famoso.

Le creíamos la Ingrid y yo casi todo al Topo, excepto lo de Juancho, por supuesto.

No había forma de que alguien pudiera superar la fuerza del idiota. Solían pedirle cada 31 diciembre que contuviera al marrano para la cena de la cuadra.

Y lo hacía Juancho solo. Él solo contra un marrano mono de 150 kilos, por lo bajo. Se aferraba al animal con sus brazos gigantescos y no lo soltaba nunca. Ni cuando lo bajaban del camión ni cuando le apuñaleaban el corazón y el marrano se retorció con más violencia del puro instinto de no querer morir ni cuando daba el último espasmo y el último alarido. Una noche se lo dije al Topo: Eso es embuste suyo, mijo, le dije. Embustero. ¿No se acuerda del marrano de diciembre? Haga algo así pues y le creo. ¿Sí ve? Chismoso. Y le dije exagerado. Muestre pues su fuerza, le dije. A ver, muestre. Y como el Topo no decía nada y lo veía yo envenenado de la ira y todos, la Ingrid, la Yainer, el Julio, nos miraban a punto de la risa, a punto de concederme el triunfo, le dije además que era un chicanero, que siempre había sido un chicanero y ya, que chicaneaba con todo, con su casa, con su bicicleta, con Medellín, con su balón profesional recién comprado, su álbum de historia natural, su Nintendo nuevo, sus juegos nuevos, y que no era para tanto, que chicaneaba con bobadas y con mentiras, le dije. ¿Y si era tan bueno vivir en Medellín por qué se vinieron para acá?, le dije. Pues cuenta. Lo creen bobo a uno, verdad. Y ya con todo el mundo en franca carcajada, el Topo respondió después de mucho tiempo: Al menos no tengo cara de chilapo como usted, y me empujó y dio la

vuelta para meterse pa su casa y, uf, eso fue como si me encendieran algo quién sabe dónde, muy adentro, muy en un sitio que todavía no comprendo, porque apenas me dio la espalda el Topo, con todo y que no era necesario que yo hiciera nada, con todo y que el Topo estaba indudablemente derrotado, se me quedó un montón en la cabeza su tonito de soy mejor que vos, soy más inteligente que vos, soy más blanquito que vos, tengo una vida mejor que la que tenés vos y, de paso, una mamá mejor que la tuya. Y como con mamá nadie se mete, cogí una piedra y la lancé y le abrí al Topo la cabeza con una puntería que desconocía por completo; es decir, con una mera suerte de principiante, porque yo no creería, como el Topo, para ser atleta ni futbolista ni nada demasado fatigoso.

Y vino todo el drama, por supuesto.

Los gritos.

Gritaba el Topo con el terror de alguien que no ha sido herido nunca.

Gritaban la Yainer y el Julio y la Ingrid y hasta yo mismo me descubrí en ellos, en el reflejo puro de su miedo, gritando con la certeza del castigo que vendría. Con la obligación adquirida de pagarle un Topo nuevo a sus papás.

La sangre.

No tanta como en las marranadas de diciembre, pero suficiente para armar tremendo escándalo.



Su cabeza toda roja, empantanada. Los vecinos. Su desvergonzado afán de novedad. Doña Brunilda: En el santo nombre de Jesús, nuestro señor.

La mamá del Topo: Pero qué te ha sucedido, corazón. Respira. Tranquilo. Cuéntame. Qué es lo que te han hecho.

Y mi mamá. Sus ojos a medias tristes, a medias furibundos, brillando en la pequeña multitud. Silenciosa en esa plena algarabía.

Salvo para la escuela, no salimos de la casa por casi dos semanas.

Nada nos fue prohibido, en realidad. Pero mamá se paseaba de la cama a la cocina y de la cocina a la máquina de coser y de la máquina al baño, sin dirigirnos la palabra.

La comida estaba ahí. Siempre.

Los uniformes de la escuela, limpios y planchados cada madrugada.

Pero había anulado mamá nuestra presencia como quien saca de su vida a un par de traidores.

Y era cierto, en algún sentido: quizás la había traicionado.

Yo.

A mamá. Solo yo.

En la oscuridad sofocante de las noches, la oíamos llorar.

Yo decía: Ingrid... Y la Ingrid respondía: Sí...

Y no hacía falta que nos dijéramos nada más: mamá tenía roto el corazón.

Y nuestro deber era llorar con ella hasta que llegara la mañana o se quedara dormida. Lo que sucediera primero.

Ahora veíamos pasar el mundo desde la puerta o la ventana, sin ánimo de mucha cosa. Ni siquiera de decirle Juancho, baile a Juancho. Ni siquiera de reírnos cuando la Yainer o el Julio lo gritaban, un poco mecánicamente, un poco como por no dejar, como por no perder la tradición. Y era en consecuencia un baile, baile, baile vacío, muy vacío. Despojados de propósito.

¿Jugamos ponchado?, nos decían luego.

Y nosotros respondíamos que no. Que no podíamos.

Que mamá no nos dejaba.

Pero era mentira, desde luego. Mamá veía en el televisor la telenovela con la intacta dolorosa indiferencia de los últimos días.

Y entonces nos dedicábamos Ingrid y yo por horas a mirarlos —a la Yainer y al Julio— mientras se lanzaban y evadían una pelota triste, en la más triste ejecución de un juego desde que este mundo triste fue creado.

Al Topo lo devolvieron del hospital aquella misma noche. Supimos que le habían puesto 42 puntos exactos. Y lo respetamos un montón por eso, a decir verdad. Qué duro, dijimos. Y a cada quien lo que merece.

No lo dejaron salir tampoco, desde luego. Imagino que se pasaba los días frente al Nintendo, probando los juegos nuevos encargados por familiares de Medellín a otros familiares de la USA. La mamá pasaba por el frente de la casa con la cabeza erguida y con la mirada fija por allá, lejos, muy quién sabe dónde, un lugar en todo caso en el que no existíamos ni la Ingrid ni yo ni mamá ni Calle Estrecha ni el barrio ni este pueblo inmundado en el que le tocó vivir después de toda una vida en la ciudad.

En el día trece del encierro, sin embargo, justo después de la hora del almuerzo, vimos la cara tímida del Topo emerger por la ventana de su casa.

Era el día más caluroso del año. Hacía un sol vertical y tan intenso, que deformaba la visión de las cosas a unos pocos metros. La Ingrid y yo nos asomamos a la puerta más con el anhelo de pescar una brisa repentina que con las ganas de ver nada, en realidad. Supe que por eso estaba el Topo ahí también, después de tanto tiempo, y que por la misma razón estaban la Yainer y el Julio asomados en sus propias puertas y ventanas. Y todavía varios vecinos más abanicándose el hervor de la tarde en las pocas aceras con techo de la cuadra. Olistuébamos la calle, derretidos en el umbral de nuestras casas, como perros débiles y hambrientos que esperan, resignados, el momento de su muerte.

Y así se nos fue el resto del día.

Desvanecidos en aquella fiebre ajena a nuestros cuerpos.

Conectados por esa especie de insulación universal.

Sin cremas.

Sin regaños del médico.

Sin baños de matarratón.

Sin mamá que atendiera los delirios.

Cerca del final de la tarde, nos miramos el Topo y yo por primera vez.

Fue un gesto simultáneo.

Instintivo.

Animal.

La Ingrid, la Yainer y el Julio tardaron mucho más en reaccionar.

Salí a la acera.

También el Topo.

Y nos quedamos ahí parados.

Como en una peli de vaqueros.

Nada más era necesario.

El idiota dobló la esquina unos segundos después. Venía cargado con un bulto tan pesado, que, aunque avanzaba con firmeza, acentuaba cada paso con una precaución inusual. Yo di el primer disparo: Juancho, baile, dije. Grité. Salté a la calle. Y Juancho se detuvo, desde luego, y dijo: baile, baile, baile. Y bailó. Y siguió luego su camino. Y cuando empezaba a sentirme satisfecho, el Topo cayó casi de inmediato: Juancho, baile, dije. Y Juancho se detuvo nuevamente, por supuesto. Y respondió: baile, baile, baile. Y bailó, con

la torpeza que le permitía el peso en sus espaldas. Con la rotunda expresión de su idiotéz mezclada con un lejano gesto de sanción. Juancho, baile, dije. Y Juancho bailó otra vez para nosotros. Y dijo baile, baile, baile. Y luego emprendió la marcha nuevamente. Pero Ingrid gritó desde la acera: Juancho, baile. Y por ahí se fue más o menos todo. Seguimos cada paso de Juancho a lo largo de la calle. Baile, baile, baile, decía. Y bailaba. Y a veces era la Yainer la que decía Juancho, baile, y a veces el Julio y a veces el Topo y a veces yo y a veces la Ingrid. Y así. Y reíamos. Y gritábamos con una febril excitación. Como con el sol mismo ardiendo muy adentro, insolándonos el alma. Éramos felices por primera vez en trece días y lo sabíamos. Juancho bailaba para nosotros, para Calle Estrecha entera, mejor. Porque fuimos oyendo, mientras se agotaba del todo la luz del día y luego, mientras avanzaba la noche, las voces de vecinos celebrando. El paulatino florecer de una fiesta. Baile, baile, baile. No nos separamos del idiota. Atropellábamos las órdenes. Decíamos al tiempo Juancho, baile o Juancho no terminaba de bailar y ya alguien más estaba dando una orden nueva. Y Juancho no sabía qué hacer con esas voces superpuestas. Y bailaba, claro, pero volvía a empezar al instante. Entonces ya no decía baile, baile, baile, sino que se alargaba hasta, imagino, soldar las deudas mentales de los Juancho, baile dados uno tras de otro, baile, baile, baile. Baile, baile, baile. Baile, baile, baile... y luego intentaba seguir con su camino y a veces avanzaba unos pocos centímetros, pero ya alguno de nosotros estaba listo con un Juancho, baile diferente. Lo hicimos ya no sé por cuántas horas. Acompañamos a Juancho todo el recorrido, desde el principio de la calle hasta su casa, y le seguimos diciendo Juancho, baile incluso cuando caía, y aquello era realmente novedoso, porque no sabíamos que Juancho tuviera la capacidad innata de caer, no sospechábamos su debilidad. Y ahí, mientras estaba de rodillas, el bulto que cargaba apenas sostenido, aferrado a las espaldas de Juancho más por una suerte de obstinación o de costumbre, le decíamos Juancho, baile, y Juancho bailaba, por supuesto, y decía baile, baile, baile, con su profunda expresión de estar en otro lado o de querer estarlo al menos, y cuando trataba de levantarse le pedíamos de nuevo que bailara y él obedecía, por supuesto, obedecía incluso tendido plenamente en el polvo de la calle, baile, baile, baile, tan su apariencia de marrano apuñaleado, tan últimos espasmos y finales alaridos. Pero nosotros no nos detuvimos incluso en ese momento. Le decíamos Juancho, baile. Y él murmuraba baile, baile, baile, y se movía como bien se lo permitía la fatiga. Y se lo seguimos diciendo también cuando apareció la tía furibunda e intentó levantarlo a cantaleta, ¿te vas a dejar joder la vida, pendejo?, le decía, ¿no ves que sos más grande?, ¡levantate, Juancho, no me hagas pasar penas con la gente!, le gritaba. ¡Levantate, que mi mamá te está esperando! Y cuando entendió que no podía levantarlo, quiso ir decididamente por nosotros, porque no parábamos de decirle Juancho, baile a Juancho y Juancho no paraba de bailar ahí tirado, como estaba. Bailaba con los estremecimientos de una convulsión. Todo francamente charro. Muy eléctrico. Muy de pez fuera del agua. Entonces nos turnábamos, la Ingrid, el Julio, la Yainer, el Topo y yo. Nos escurriamos por entre los brazos de la gorda, esquivábamos sus proyectiles chanclas, sus escobazos, sus pedradas, y ja, la risa de todo el mundo, del Topo, de la Yainer, de la Ingrid, del Julio, de todo el mundo, ja, de doña Brunilda, la evangélica, de don Jairo, el

de la tienda, de don Wilson, el del camión de Coca Cola, de los papás del Julio, de los papás de la Yainer, hasta de los papás del Topo, ahí parados, con su risita estreñida, pero peor es nada, nos dijimos, y lo mejor: la sorpresiva sonrisa de mamá, allá, lejana todavía, pero evidentemente divertida. Nos había perdonado. Y eso fue mera alegría pa nosotros. Para mí. Para la Ingrid. Porque la Ingrid y yo nos entendíamos en el secreto canal de los hermanos. Y nos mirábamos. Y nos reíamos a carcajadas mientras evadíamos a la tía de Juancho. Y ese sol de adentro brillaba, quemaba, como una supernova. Y bailábamos entonces con una especie de cancioncilla compuesta sobre la marcha, improvisada, con las instrucciones a Juancho. Con los Juancho, baile que decíamos. Juancho, baile, cantábamos. Baile, baile, baile. Juancho, baile. Baile, baile, baile. Juancho, baile. Baile, baile, baile. Y lo hubiéramos seguido haciendo, hubiéramos bailado y cantado y reído por el resto de la noche y en el proceso hubiéramos también cansado a la gorda, hasta que ya no pudiera ella moverse tampoco de tanto perseguirnos, de tan reducida, de tan consumida, de tanto bailar a nuestro ritmo, de tanto exponerse al fuego estelar que salía de nosotros. No hubiéramos parado, mejor dicho, si no fuera porque la abuela de Juancho apareció ahí, en mitad de todo, intacta en la viva llamada, como aparecía en la sala de su casa o en la acera o en el patio: sin que nadie la advirtiera.

Nos detuvimos entonces.

Y luego nos callamos.

La abuela al pie de Juancho.

Inesperadamente alta.

Sin indicio alguno de enfermedad.

Juancho, quieto. Muy quieto. Murmurando todavía algunos baile, baile, baile.

Blanco de tanto revolcarse en el polvo de la calle. Más blanco que el Topo y su papá y su mamá. Más blanco que ningún blanco conocido.

Y cuando estuvo la cuadra entera en el silencio más absoluto de su historia, paralizada por un miedo que creían los grandes ya olvidado, escuchamos la voz adolorida de la vieja: un llanto menudito, primero, transformado poco a poco en un ulular de selva virgen.

Pleno.

Omnipresente.

Reverberante en cada muro.

En cada mueble.

En cada cuerpo de la cuadra.

Parecía el lamento por todas las caritas quemadas por el sol desde el inicio de los tiempos.

Entonces, aferrados al más elemental de los instintos, retrocedimos sobre nuestros pasos hasta las puertas de las casas.

Y quedaron allá.

Ellos.

Distantes.

Solos.

La gorda casi desmayada.

La vieja recogida, abarcando con sus brazos largos, larguísimo, el cuerpo entero del idiota.

Y luego ya no pudimos verlos, por supuesto.

Porque puerta.

Porque muros.

Porque orden de dormiros de inmediato y luces apagadas.

Pero oímos a la vieja hasta la primera luz del día siguiente y dudo mucho que alguien en Calle Estrecha hubiera sido capaz de dormir tranquilamente, de ignorarla, de dormir de cualquier forma.

Nadie volvió a ver a Juancho pasar por el frente de su casa.

Dicen que le cogió terror a la calle.

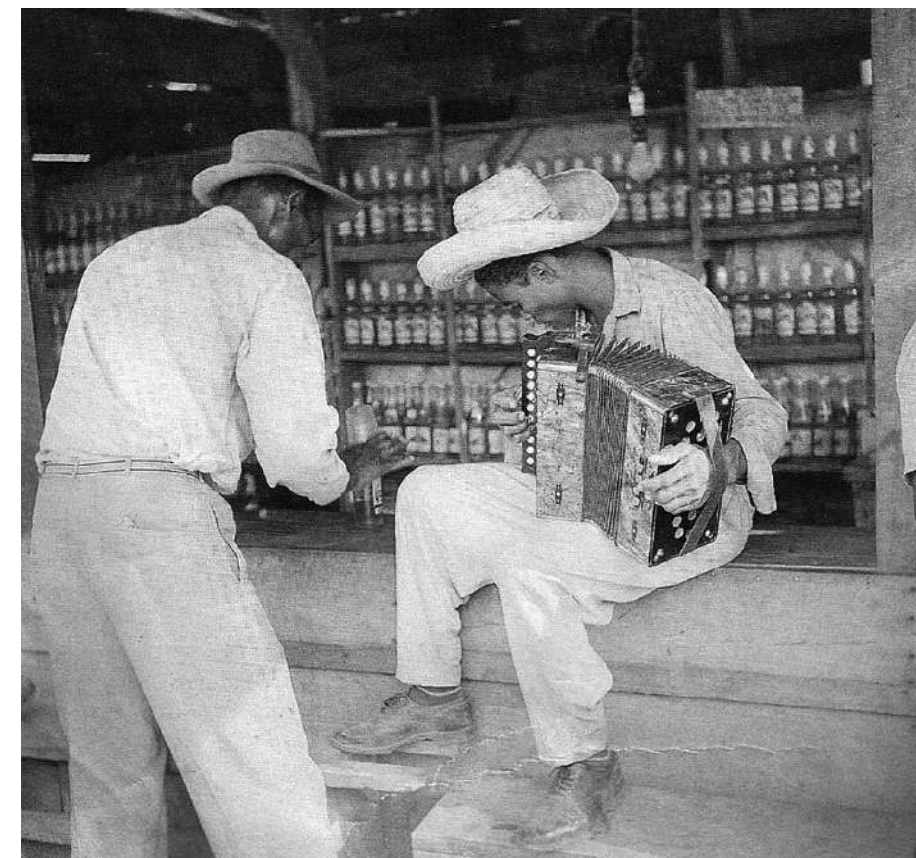
Que la abuela no hubiera resistido exponer de nuevo a su muchacho.

Que el idiota no terminó nunca de decir los baile, baile, baile que le quedaron pendientes. ☹

JUGLARES DE CARNE Y HUESO

por CARLOS LIÑAN-PITRE

• Fotografías del archivo de la Academia de Historia del Valle de Upar, Fondo Nereo de la Biblioteca Nacional, 1953.



En Valledupar, mientras los niños de otros lugares del mundo se sumergían en las historias de *Caperucita Roja*, *Los tres cerditos* o las fábulas moralizantes de Esopo, a los niños de mi generación nos hablaban de la sirena de Hurtado, de la Llorona de Tamalameque, del Silborcito o de Francisco el Hombre.

Era emocionante imaginar a Francisco, montado en un burro y con el acordeón al pecho, haciéndole comer arena al mismísimo diablo, ese ser que no nos dejaba jugar en la calle después de las nueve de la noche ni desobedecer a nuestros padres. Saber que un simple

mortal le había derrotado en un duelo musical nos daba cierta sensación de desquite frente al terror nocturno que, con trinch en mano y oliendo a azufre, amenazaba con llevarnos si nos portábamos mal, porque eso era lo que era Francisco: un hombre de carne y hueso.

Francisco Antonio Moscote Guerra, apodado el Hombre, nació en 1849 en el hoy corregimiento de Galán, a cuarenta minutos de Riohacha, capital de La Guajira. Aprendió a ejecutar el acordeón siendo muy niño y pasó a la historia por un desencuentro con el diablo. De su testimonio hoy solo sobrevive un verso:

“A mí me ha salido el diablo con figura e vaca vieja

tiene el rabo colorado y amarillas las orejas”.

Francisco el Hombre hizo parte de la primera generación de músicos vallenatos que nacieron entre 1840 y 1890. Estos primeros juglares ejecutaban el acordeón, acompañaban y cantaban, iban de un sitio a otro, vivieron en una época y en un ambiente de superstición que permitió que sus vidas se difuminaran entre realidad y magia. Ellos se rebatían entre sí para saber quién tocaba mejor. Cada cual tenía lo suyo y los hubo bastante aventajados, pero la figura de Moscote Guerra se destacó por alcanzar los más altos vuelos, sobre todo cuando Gabriel García Márquez lo convirtió en uno de los personajes de *Cien años de soledad*: “Meses después volvió Francisco el Hombre, un anciano trotamundos de casi 200 años que pasaba con frecuencia por Macondo divulgando las canciones compuestas por él mismo. En ellas, Francisco el Hombre relataba con detalles minuciosos las noticias ocurridas en los pueblos de su itinerario, desde Manure hasta los confines de la ciénaga, de modo que, si alguien tenía un recado que mandar o un acontecimiento que divulgar, le pagaba dos centavos para que lo incluyera en su repertorio...”.

De esta manera, la figura de Francisco el Hombre fue opacando a sus colegas, con los que compartió tiempo y espacio, hasta convertirse en el punto de referencia del folclor vallenato. En el olvido quedaron nombres como Andrés Montufar, Abraham Maestre, José León Carrillo Mindiola, Sebastián Guerra, Hernando Rivera a quien llamaban Nandito el cubano, Fortunato Peñaranda, Juan Solano, Rosendo Romero Villareal, Fortunato Fernández, Juancito Granaos, José Antonio Serna.

El relato del hombre que vence al diablo se replica en toda Latinoamérica. En Argentina existe la leyenda del payador Santos Vega que era invencible hasta que otro payador desconocido lo vence a contrapunto. La historia fue contada por Rafael Obligado en décimas; en México encontramos la película *Macario*, dirigida por Roberto Gavaldón en 1960 y basada en una novela de B. Traven que se inspiró en el popular cuento de los Hermanos Grimm, *El ahijado de la muerte*; en Venezuela, Alberto Arvelo Torrealba escribió un poema titulado *Florentino y el diablo* para recoger la leyenda del jinete y coplero que es retado por Satanás a un duelo a contrapunteo, con cuatro y maracas. Al final, Florentino puede vencer al diablo nombrando las Tres Divinas Personas; en Colombia, en 1978 Octavio Mesa interpretó la canción *La pelea con el diablo*, la historia de un duelo sangriento, a machete, entre un arriero y el demonio que no salió muy bien librado.

Lo interesante en el vallenato es que no solo fue Francisco el Hombre quien venció al diablo, sino que otros juglares afirmaron haber sido ellos los protagonistas de esa batalla triunfal:

El primero, Luis Pitre, nacido en Fonseca, La Guajira, en 1868, de ascendencia afrocaribeña. De su obra se sabe poco, aunque dejó 73 hijos por la región. En la persona de Pitre la tradición oral varía hasta el punto de confundirse: para algunos, a Luis Pitre le llamaban el Diablo por su piel morena y su forma de ejecutar el acordeón, y fue a él a quien derrotó Francisco Moscote Guerra; para otros, el juglar le arrebató este remoquete al demonio cuando lo venció en franca lid musical. Luis Pitre murió el 9 de abril de 1948. Más sabe el diablo por viejo... En la década de los noventa su nombre dio la vuelta al mundo cuando Carlos Vives incluyó la canción *El cantor de Fonseca*, de la autoría de Carlos Huertas, en el álbum “Clásicos de la Provincia”.

El otro contendor del diablo fue Pedro Nolasco Martínez Muñoz. Nació en 1881 en la hacienda Las Cabezas, de la que llegó a ser capataz, y murió en 1969 en El Paso, Cesar. Ejerció la vaquería

toda su vida, actividad que intercalaba con la música. Pedro Nolasco enseñó los secretos del acordeón a Alejandro Durán Díaz, el primer rey del Festival de la Leyenda Vallenata. Su hijo Samuelito Martínez fue el compositor de la canción *La loma* grabada recientemente por Silvestre Dangond.

Del encuentro de Pedro Nolasco con el diablo quedaron unos versos sueltos que su hijo Samuelito interpretó, a capela, para Ocora Radio France en un trabajo titulado *Colombie. Le vallenato* (1996):

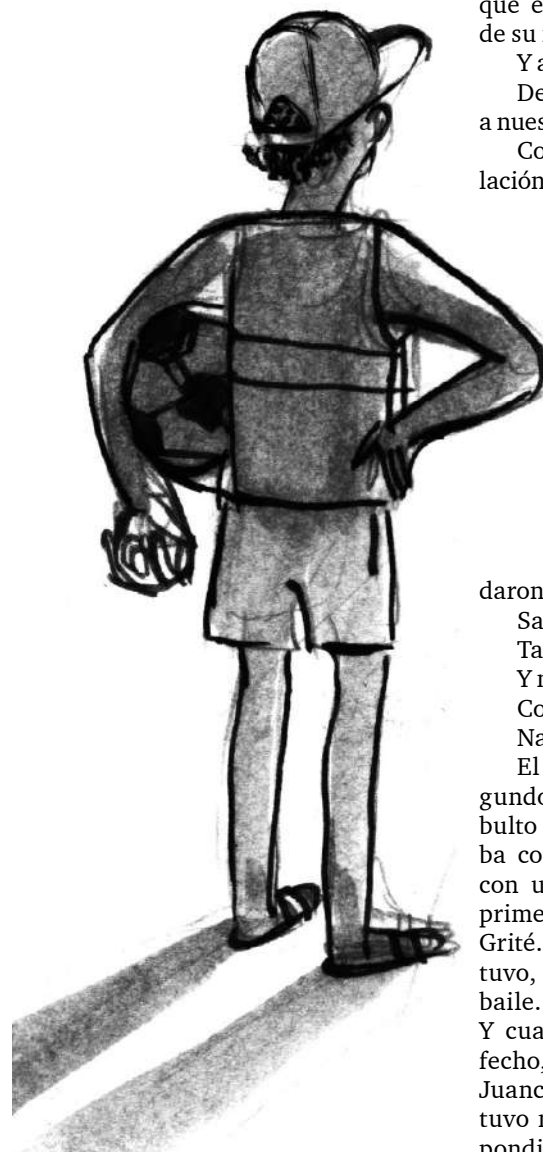
“Esa es cosa que sofoca de tarde y de mañanita me encontré con el maligno del Paso pa la ceibita... Eso se me puso feo el mundo se oscureció cuando yo recé el creo fue que se me retiró... Pedro Nolasco rezá que ahí viene el diablo a tocá le rezó el creo y se va y el padrenuestro na má”.

Este relato de la tradición oral del Antiguo Magdalena Grande, que gira en torno de Pedro Nolasco Martínez, fue convertido en un cuento por Antonio Brugés Carmona quien mantuvo intacto el nombre de pila del personaje, pero cambió su apellido, presentándolo como Pedro Nolasco Padilla. El cuento fue publicado el 3 de noviembre de 1940 en *El Tiempo* y se titula “Vida y muerte de Pedro Nolasco Padilla”, siendo uno de los antecedentes del realismo mágico que explota con la genialidad de García Márquez. Cuenta Brugés Carmona que: “... una vez venía por el camino que sirve a los viajeros de Maracaibo a La Guajira. Venía tocando su acordeón. Su Niña Bonita. De repente se presentó el Diablo en forma de acordeonista. Un breve diálogo y empezaron a cantar y a tocar en diálogo portentoso. Ocho días y ocho noches duró la lucha hasta que se firmó un acuerdo: Pedro Nolasco sería millonario y tocaría como nadie el acordeón, pero su alma quedaba hipotecada hasta el día de su muerte”.

El último de los adversarios de Satanás fue Francisco “Pacho” Rada. Conocido como “el padre del son”, nació en Plato, Magdalena, en 1907 y por lo tanto no pertenece a la misma generación de Francisco Moscote, Luis Pitre o Pedro Nolasco. Esto no le resta grandeza. En el año 2000 protagonizó el documental *El acordeón del diablo* dirigido por el alemán Stefan Schwieter. Allí, Rada cuenta su versión acerca de la llegada del acordeón a Colombia: un barco alemán repleto de instrumentos musicales que iba con rumbo a Argentina naufragó frente a Santa Marta.

También cuenta que aprendió a tocar acordeón con tanta maestría que el diablo se puso celoso de su talento y decidió retarlo, pero fue capaz de vencerlo y desde entonces empezaron a llamarle “el Hombre”. Pacho Rada murió en Santa Marta en 2007.

En su libro *El héroe de las mil caras*, Joseph Campbell afirmó que el mito es la entrada secreta por la cual las inagotables energías del cosmos se vierten sobre las manifestaciones culturales, de tal manera que las artes, la filosofía, las religiones, los primeros descubrimientos científicos y tecnológicos, las formas sociales del hombre primitivo e histórico, las propias visiones que atormentan el sueño emanan del fundamental anillo mágico del mito. En ese sentido, el relato de Francisco el Hombre sería el símbolo de la cultura vallenata, es decir, el recurso que le permitió a nuestros juglares comprender la realidad, dándole significado y sentido: el diablo como personificación del mal es una idea que aparece cuando nos cuestionamos por el sufrimiento y el dolor presentes en el mundo, y el arte, en este caso la música, pasaría a ser el arma poderosa que nos hace invencibles al convertir el dolor en belleza. ☹





Alejandro García Restrepo
(1983 -2023)
Páramo
Collage digital
Colombia
2023

EL ÚLTIMO VUELO DE URIBE SIERRA

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

El 14 de junio de 1983, o sea hace cuarenta años, ocurrió un hecho que cambiaría el rumbo del país a largo plazo. Sin embargo, al día siguiente, solo se robaría la portada de un periódico, la de *El Mundo*, bajo este titular: "Muerto Alberto Uribe Sierra". Quien, a continuación, sería identificado así: "Acendado y ganadero, padre del exalcalde de Medellín Alvaro Uribe Vélez".

¿Cómo ocurrió ese hecho? Como escribiría dos días después *El Colombiano*, "sobre el asesinato de Uribe Sierra se han presentado algunas versiones contradictorias", por ejemplo, la hora de su muerte: según *El Mundo*, a las 11:30 a. m. Según *El Colombiano*, a las 3:30 p. m. Y, según *El Tiempo*, a las 4:15 p. m. Periódicos que tampoco se pondrían de acuerdo en la hora a la que había arribado Uribe Sierra a su finca, la Hacienda Guacharacas, ubicada entre Cisneros y Maceo, a cien kilómetros de Medellín: para *El Mundo* y *El Colombiano*, en la mañana, y para *El Tiempo* y *El Espectador*, en la tarde, específicamente, a las cuatro p. m., o sea quince minutos antes de ser borrado del mapa en esa versión capitalina del asunto.

En cualquier caso, Uribe Sierra arribaría a Guacharacas en un helicóptero de su propiedad, un Hughes 500, "de color azul y blanco", que a veces pilotaba él mismo, aunque, en esa ocasión, estaba al mando su piloto de confianza, el capitán Bernardo Rivera. Junto a ellos iban dos hijos del finado: Santiago y María Isabel Uribe, a quien *El Colombiano*, erróneamente, denominaría Maritza. A Santiago, de 24 años, tecnólogo agropecuario, ese periódico le atribuiría la administración de la finca. Un posible tercer acompañante, señalaría *El Mundo* bajo el subtítulo "¡Se salvó!", no se subió al helicóptero a última hora, se trataba de Felipe Baquero, un amigo de la familia que había olvidado que esa tarde tenía un compromiso inaplazable: "Fue como una coronada, porque se libró de lo que pasaría antes de dos horas. Y el helicóptero se encumbrió sobre el cañón del Valle de Aburrá hacia el norte".

Antes de aterrizar, Uribe Sierra le hizo una seña al piloto para que sobrevolaran las haciendas de sus amigos, era una tarjeta de presentación que se había vuelto costumbre, además quería pasar revista por la finca San Cipriano, productora de panela, de la cual conservaba el cincuenta por ciento de la propiedad, la otra mitad la había repartido entre varios trabajadores "que pedían reivindicaciones porque pasaban necesidades". La repartición fue hecha el 7 de junio de 1979, y Uribe Sierra la llamaba "autorreforma agraria".

El mayordomo de la finca San Cipriano y su ayudante habían sido asesinados en abril de 1983, al parecer por un grupo de las Farc que había sido desplazado del Magdalena Medio y se había tomado la localidad de Providencia. Por ese motivo Uribe Sierra no había vuelto a Guacharacas y tampoco había dejado que lo hiciera su hijo Jaime Alberto, el Pecos, quien quería ir la semana anterior a la muerte de su padre: "No te vayás a asomar miijo a



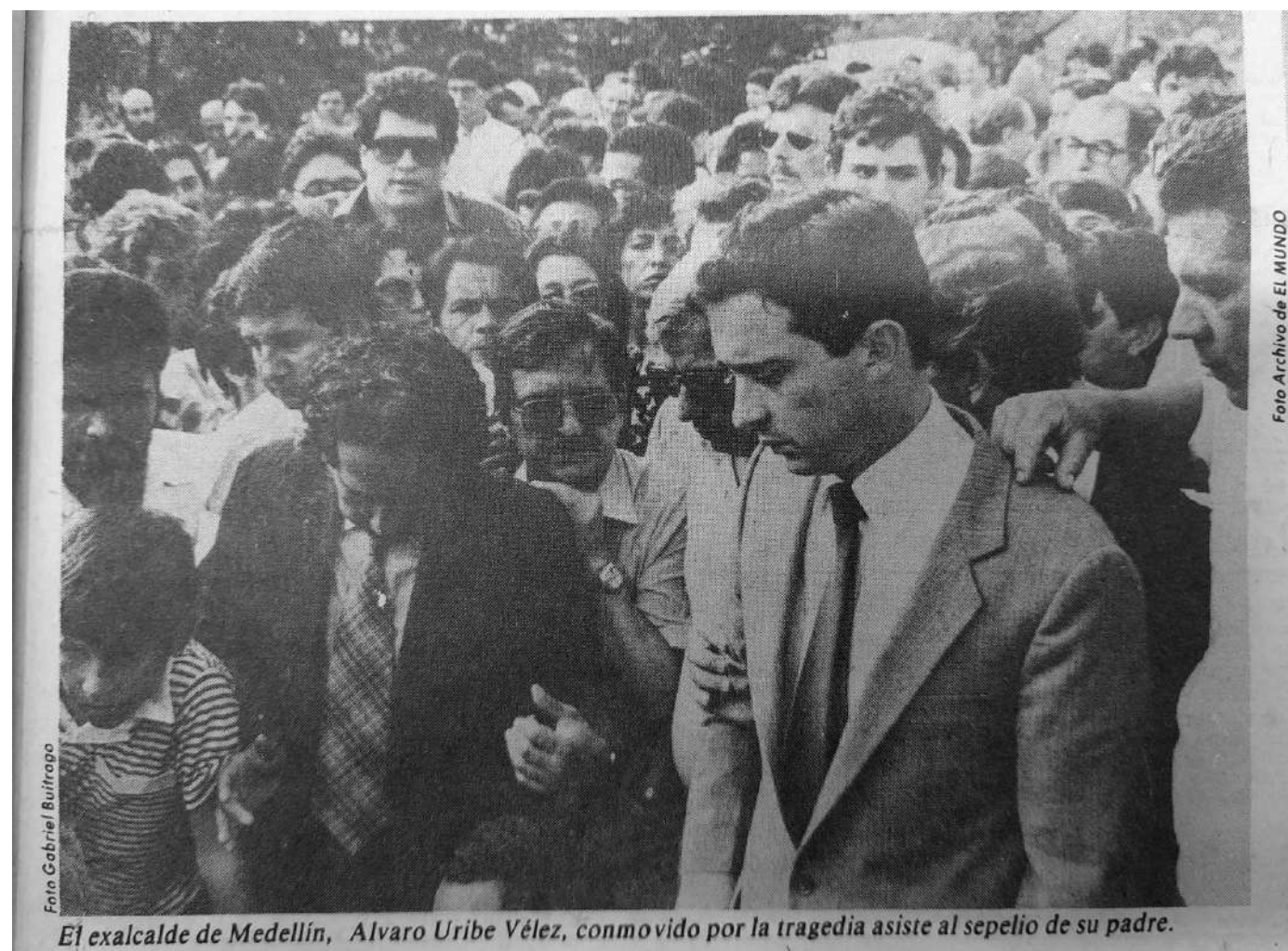
El hacendado y ganadero, Alberto Uribe Sierra padre del exalcalde de Medellín Alvaro Uribe Vélez, fue muerto ayer al mediodía, en la finca "Guacharacas", en San Roque, por un grupo de las Farc, cuando intentaron secuestrarlo. Su hijo Santiago, que fue tomado rehén logró escapar, pero fue alcanzado por una bala y traído a Medellín esta madrugada, en delicado estado. En un segundo ataque, otro hijo de Uribe Sierra, María Isabel, y el piloto de helicóptero Bernardo



Alberto Uribe Sierra

Rivera también fueron heridos. El conocido ganadero fue sorprendido por un grupo de aproximadamente 18 guerrilleros de las Farc, a las once y media de la mañana, en la mencionada hacienda de su propiedad. Allí había llegado horas antes en el helicóptero de su propiedad, un Hughes 500, color azul. Uribe Sierra se enfrentó a los insurgentes y fue muerto de un balazo en el occipital.

Pasa a la página 10, sección 1



El exalcalde de Medellín, Alvaro Uribe Vélez, conmovido por la tragedia asiste al sepelio de su padre.

Archivo El Mundo.

Guacharacas por nada del mundo, por allá hay guerrilla, es muy peligroso".

Luego de sobrevolar San Cipriano y las demás haciendas amigas, el helicóptero aterrizó a cien metros de la casa de Guacharacas: "Una vivienda campesina reformada, con sus piezas amplias, sus balcones y sus cuartos para avíos y zurriagos". Una vez allí, Uribe Sierra se sentó en un banco del corredor principal a desahogarse y a conversar con Santiago. María Isabel, por su parte, siguió de largo hacia el interior de la casa y el piloto se recostó sobre unos bultos en un granero anexo, "con la intención de pegar los ojos por unos minutos".

En el itinerario del día estaba volver a Medellín antes de que cayera la tarde, pues a Uribe Sierra ya no le gustaba pasar la noche en Guacharacas, "por temor a la guerrilla que le había enviado boletas varias veces". Ese itinerario, sin embargo, se vería truncado cuando un grupo de hombres armados ingresó a la finca: "18 guerrilleros de las FARC", según *El Mundo*. Y catorce menos para *El Colombiano*, esto es: "Cuatro hombres jóvenes que resultaron pertenecer al Cuarto Frente de las FARC".

Sea cual fuere el número, apenas vieron a los invasores, el piloto y dos trabajadores salieron corriendo hacia el

interior de la casa, donde estaban María Isabel y Santiago, quedándose afuera, en el corredor principal, Alberto Uribe Sierra y "una empleada del servicio doméstico llamada Fabiola Castaño".

Uno de los dos trabajadores era Jimmy Adarve, quien le contaría la siguiente secuencia de la película a *El Colombiano*, ocurrida después de que Uribe Sierra gritara "las Farc, las Farc", y el piloto le dijera a través de una ventana que no se enfrentara con ellos: "El hacendado esgrimió su pistola de uso personal, apuntó a los insurgentes y sin vacilar disparó, pero no hizo blanco. Entonces dizque uno de los sediciosos le

manifestó: 'Don Alberto, no lo queremos matar. Solo queremos hablar con usted'. Hubo más disparos y fue cuando los sujetos vaciaron sus armas contra el hacendado, quien cayó al piso mortalmente herido". Versión distinta a la sostenida por *El Mundo*, *El Tiempo* y *El Espectador*, que escribirían que Uribe Sierra disparó para evitar que lo secuestraran, y fiel a su lema "primero muerto que secuestrado", murió tras recibir dos balazos, uno en la cabeza y otro en el pecho. Tenía 50 años.

En ese momento, Santiago hizo varios disparos desde el segundo piso de la casa, pero al ver que su progenitor no se movía, buscó una salida por la parte trasera y se lanzó a campo abierto sin dejar de gritar: "La policía, la policía". Esa carrera desesperada terminaría cuando se topó con las aguas del río Nus, las cuales tuvo que atravesar para alcanzar la carretera que comunicaba con el casco urbano de Yolombó y pedir ayuda. Sin embargo, no bien puso un pie en la otra orilla, "los alzados en armas le dispararon en numerosas ocasiones y una de las balas le impactó la espalda y le salió por el pecho, perforándole un pulmón".

Santiago, por lo tanto, cayó malherido a la orilla del Nus. A su encuentro fueron dos guerrilleros, a quienes les pidió con voz desinflada que no lo mataran, que con ese balazo tenía para perder la vida, "que solo era un comprador de ganado sin vínculos familiares con el hacendado que iban a secuestrar". Esa negación de la propia sangre, al parecer, convenció a los dos hombres, quienes se dijeron lo siguiente: "Se perdió el viaje", y lo dejaron en paz.

Minutos después, Santiago se puso en pie, ganó la carretera, hizo autostop, un camión paró y lo transportó hasta la estación Sofía, donde no tenían los medios necesarios para atenderlo. Entonces un agente viajero llamado Octavio García lo subió a su carro y lo llevó al Hospital San Rafael de Yolombó. Allí, pasadas las cinco de la tarde, recibió los primeros auxilios, de parte del médico Jairo Castañeda.

Mientras le practicaban los primeros auxilios, alrededor de las 5:30 p. m., la noticia se comunicó a las autoridades de Medellín: "Santiago Uribe Vélez fue baleado y está mal herido [sic] en el hospital de Yolombó". De inmediato, le transmitieron el mensaje a Alvaro Uribe y este comenzó la operación para rescatar a su hermano menor. ¿Qué hizo? 1) Pedir prestado el helicóptero más moderno que había en la ciudad, el cual era propiedad de Pablo Escobar, a quien *El Mundo* identificaría como hacendado y *El Tiempo* como parlamentario. Y 2) mover influencias en la Aerocivil para que dejaran circular el helicóptero después de las 6:30 p. m., lo cual no estaba permitido por ley.

Ambas cosas las logró concretar en menos de una hora, y así Alvaro Uribe pudo abordar el helicóptero de Pablo Escobar, pilotado por Jaime Sandoval, a las 6:45 p. m., cuando despegó del aeropuerto Olaya Herrera rumbo a Yolombó. El hecho sería narrado por *El Mundo* del 15 de junio de 1983 de esta forma: "Desde Medellín había salido a las 6:45 un moderno helicóptero, de propiedad de Pablo Escobar, al mando de Jaime Sandoval, con el propósito de traer de urgencia a Santiago a esta ciudad, para ser internado en una clínica. El permiso especial fue otorgado por la Aerocivil, a petición del exdirector de esa dependencia y exalcalde de Medellín, Alvaro Uribe Vélez, por tratarse de un caso de urgencia y porque el aparato está equipado con sofisticados equipos electrónicos y radar".

Sin embargo, el moderno helicóptero prestado por Pablo Escobar no pudo aterrizar en Yolombó, debido al mal tiempo, razón por la cual tuvo que retornar al Olaya Herrera. Allí, en pleno hangar, apenas Alvaro Uribe pisó tierra, le comunicaron que su progenitor estaba



En medio de miles de personas se realizó ayer a las cuatro de la tarde el sepelio del conocido hacendado, muerto el martes en la tarde por un grupo de insurgentes de las Farc.

Archivo El Mundo.



EL HK 2704 X, en la foto, fue incautado en 'Tranquilandia' en marzo de 1984. Hoy nadie conoce su paradero.

Archivo / EL TIEMPO

Archivo El Tiempo.

muerto: “Hasta ese momento el exfuncionario solo sabía que su hermano Santiago estaba herido, pero ignoraba la suerte fatal corrida por su padre”.

¿Qué pasó después? Ante el fracaso de la operación para rescatar a Santiago por vía aérea, Álvaro Uribe organizó una por vía terrestre, la cual consistió en dos ambulancias, una de la Cruz Roja y otra de la Defensa Civil, que se dirigieron hacia Yolombó junto a una caravana de carros particulares con familiares y amigos de las víctimas. Estos últimos esperaron en Cisneros mientras las dos ambulancias seguían de largo hasta el Hospital San Rafael, donde recogieron a Santiago. De vuelta en Cisneros, le tuvieron que hacer una transfusión de sangre, “porque estaba muy mal”. Luego lo pasaron de la ambulancia de la Defensa Civil a la de la Cruz Roja y en ella llegó a Medellín alrededor de la tres de la mañana, siendo la última estación de todo ese viacrucis la Clínica Soma, “en la que fue atendido de urgencia y salvado del peligro de muerte”.

El cadáver de Alberto Uribe Sierra, por su parte, llegó a Medellín más entrada la madrugada, después de que le hicieran el levantamiento a las 8:30 p. m., y de que fuera trasladado desde Guacharacas en un vehículo de la firma Arinco, escoltado por otro de la Cuarta Brigada, en el que venían María Isabel Uribe y el capitán Bernardo Rivera, o sea el piloto del helicóptero Hughes 500, de color azul y blanco, en el que comenzaron la fatídica jornada.

Antes del entierro, programado para las cuatro de la tarde en Campos de Paz, y mientras la velación se desarrollaba en la capilla del mismo cementerio, Álvaro Uribe concedió varias entrevistas, por ejemplo, a Caracol Radio y *El Tiempo*, donde dijo, entre otras cosas, estas líneas: “Quienes tenemos que defender el orden democrático y el estado de derecho requerimos como mínimo igualarnos en forma general a la mística que para destruirnos acompaña a los malhechores... No hay equivalencia entre la eficacia de la acción guerrillera y la limitada eficacia de la acción de las autoridades... Se abandonó la vigilancia en muchas regiones del país y en donde se vigila no hay procedimientos eficaces de lucha antiguerrillera”. Líneas que esbozaban las futuras Convivir.

Al entierro, según *El Mundo*, asistieron unas diez mil personas, “entre amigos, familiares, políticos, empresarios, algunos funcionarios del gobierno y hasta varios trabajadores de las fincas del conocido ganadero”. Era tal la multitud que el parqueadero de Campos de Paz colapsó y las filas de carros se extendieron por las carreras 80 y 81 hasta la glorieta de la Avenida Guayabal. El Tránsito envió refuerzos, pero quince guardas azules no fueron suficientes para controlar la situación. También hubo problemas de circulación entre la capilla y la tumba. El féretro, escoltado por un Álvaro Uribe de traje gris y corbata negra, tardó media hora en llegar a su destino tras la misa funeraria. Media hora en la que no dejó de sobrevolar una avioneta que lanzó una lluvia intermitente de claveles rojos y rosas blancas, los colores del Partido Liberal Colombiano, al que era afín el difunto, el cual fue sepultado en medio de aplausos: “Resultaba extraño ese palmoteo en un cementerio. Pero, a Alberto Uribe Sierra, hombre dicharachero y alegre, se le podía hacer hasta una despedida inusual”.

El helicóptero

Ahí, sin embargo, o sea dos metros bajo tierra, no termina el último vuelo de Uribe Sierra. Mientras se llevaba a cabo el entierro, *El Mundo* registró lo siguiente: “En ese mismo instante un poderoso helicóptero de Helicol cruzó la ciudad portando al dañado helicóptero del hacendado muerto”.

¿Qué le pasó al Hughes 500, de color azul y blanco, en el que Uribe Sierra visitaba las quince fincas que tenía a su nombre, siendo Guacharacas su destino final? Después de que los guerrilleros hirieran a Santiago y lo dejaran tirado a la orilla del río Nus, volvieron a la finca e inutilizaron el helicóptero, aunque el nivel de los daños registrados varía de periódico en periódico: *El Tiempo*: “Los guerrilleros de las FARC dinamitaron el helicóptero”. *El Mundo*: “Ametrallaron y dejaron completamente inservible al helicóptero que estaba valorado en 20 millones de pesos”. Y *El Colombiano*: “Pidieron gasolina para prenderlo, pero no había. Entonces destruyeron los circuitos del equipo de radio y por último le hicieron sendas descargas de metralla, dejándolo prácticamente inservible”.

Lo curioso es que, nueve meses después, cuando las autoridades allanaron Tranquilandia, sí, el gigantesco complejo de diecinueve laboratorios para el procesamiento de cocaína y ocho pistas de aterrizaje ubicado entre los departamentos de Meta y Caquetá, se toparía con el susodicho helicóptero, cuya matrícula era HK 2704 X, y no estaba semi-destruido, sino en perfecto estado. Así consignaría ese hallazgo *El Espectador*, en una noticia titulada “A tres países se extiende investigación por la coca”, publicada el 15 de marzo de 1984: “La Policía de Narcóticos puso a disposición del juez 23 de instrucción criminal, César Tulio Lozano, varias metralletas Uzi, carabinas y escopetas, lo mismo que buena cantidad de munición para esas armas... De igual manera puso a ordenes suyas el helicóptero Hughes 500, de color azul y blanco, con matrícula HK 2704 X...”.

¿Cómo fue a parar el helicóptero del difunto Uribe Sierra a Tranquilandia, complejo cocalero del Cartel de Medellín? Esto dijo Álvaro Uribe en un artículo titulado “Uribe responde a las incógnitas negras”, publicado por *El Tiempo* el 21 de abril de 2002, o sea un mes antes de que fuera elegido presidente de Colombia: “Mi padre fue socio de una empresa que tuvo un helicóptero. Él tenía fincas en el Valle del Cauca, Urabá, Córdoba y en varias regiones de Antioquia. Utilizaba ese helicóptero para sus desplazamientos. Cuando la guerrilla lo asesinó, ese helicóptero quedó medio destruido y mi hermano Jaime finalmente vendió las acciones de esa empresa y esa empresa salió de los restos de ese helicóptero. Mi familia no lo tuvo en su poder. Eso lo hizo mi hermano Jaime, que se murió el año pasado de cáncer en la garganta, y todos confiábamos en él... Después, la Policía decomisó ese helicóptero u otro con los mismos números”.

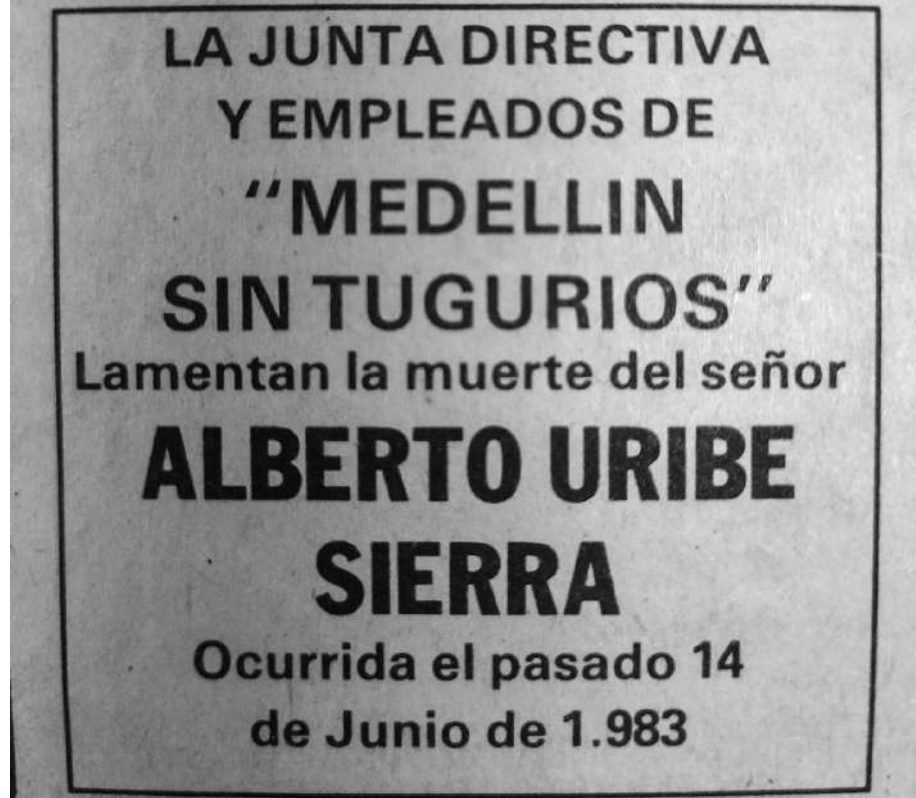
¿Estaba el entonces candidato a la presidencia diciendo la verdad? Según *La Nueva Prensa*, no. En un artículo publicado el 26 de enero de 2020, bajo el título “De Tranquilandia, helicópteros y otros demonios”, ese medio desmentiría la anterior respuesta de Álvaro Uribe: “El trámite de los derechos herenciales de Alberto Uribe Sierra relacionados con su participación en la sociedad Aerofoto Amórtegui & Cía. Ltda., se realizó en junio de 1984, dos meses después del operativo en Tranquilandia, o sea que, al momento de la incautación, el helicóptero era de los Uribe”.

Helicóptero que, a pesar de haber sido incautado y cancelado su permiso de funcionamiento un mes después, o sea el 11 de abril de 1984, aparentemente siguió volando y haciendo de las suyas un par de años más, como señaló *El Nuevo Herald* en un artículo titulado “Cabos sueltos en la muerte de Lara Bonilla”, publicado el 9 de diciembre de 2007. Allí, se cuenta que un helicóptero “con las mismas características y similar matrícula cayó con cocaína en un céntrico sector de Medellín”. ¿Cuándo? El 1 de mayo de 1986.

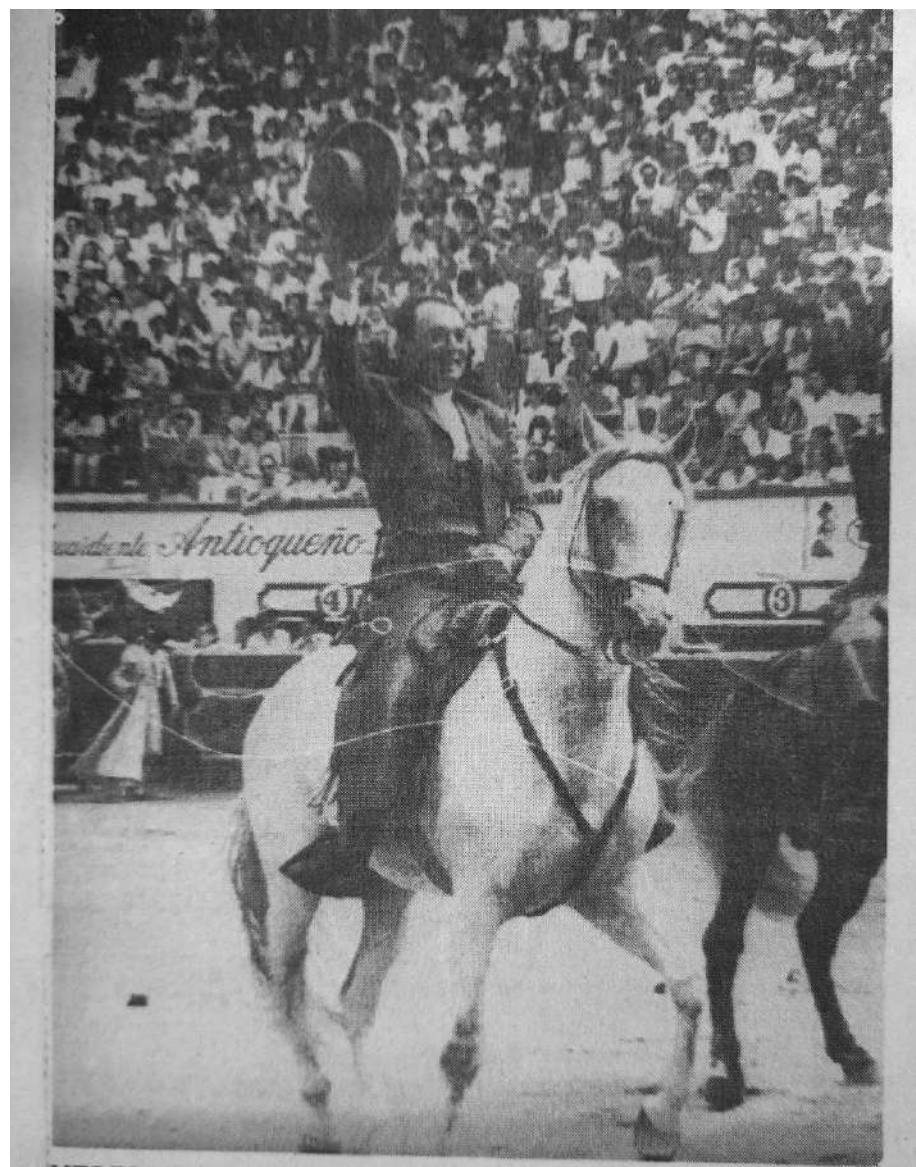
El Nuevo Herald, sin embargo, no le hizo seguimiento a esa noticia y solo usó un periódico como fuente bibliográfica,

El Colombiano, por lo que conviene hacer varias precisiones al respecto: 1) Efectivamente, el 1 de mayo de 1986, a las 7:45 a. m., un helicóptero idéntico al de Uribe Sierra, o sea un Hughes 500, se estrelló con 78 kilos de cocaína, avaluados en más de 200 millones de pesos, en la carrera 43A con calle 12 sur, barrio El Poblado, a tan solo 150 metros del Club Campestre. 2) También es cierto que la matrícula era similar a la del helicóptero de Uribe Sierra, la de este, como se dijo más arriba, era HK 2704 X, y la del helicóptero estrellado era HK 2704 P. 3) ¿Era posible que hubiera dos matrículas tan parecidas? No, por eso cuando los agentes de turno de la División Antinarcóticos buscaron la del helicóptero estrellado para saber su procedencia,

encontraron que no existía, siendo la más cercana la del helicóptero de Uribe Sierra. Entonces consultaron con la Aerocivil la matrícula HK 2704 X y les informaron que era de un helicóptero que había pertenecido a Aerofoto Amórtegui & Cía. Ltda., el cual había sido incautado en Tranquilandia y tenía la licencia de funcionamiento cancelada a petición del Ministerio de Justicia. 4) Tras esa respuesta inesperada, los agentes de turno de la División Antinarcóticos fueron a revisar más detenidamente los restos del helicóptero estrellado y corroboraron, como apuntó *El Mundo*, “que la matrícula, sin duda, era ficticia, ya que la sigla HK 2704 P que había en la cola de la aeronave estaba hecha con cinta aislante forrada con contact”. 5) Con



Archivo *El Mundo*.



MEDELLIN. — Hace pocos meses, el ganadero Alberto Uribe Sierra, asesinado el martes por guerrilleros de las FARC, alternó como rejonador con los caballistas Dayro Chica y Fabio Ochoa, en una corrida benéfica en el marco de la campaña “Medellín sin tugurios”, en la Plaza de La Macarena. Uribe Sierra era excelente trovador y personificó siempre al paisa alegre, extrovertido y emprendedor. (Telefoto de Iván Restrepo, especial para EL TIEMPO).

Archivo *El Tiempo*.

la información obtenida en 3) y 4), los agentes de turno de la División Antinarcóticos supusieron que el helicóptero estrellado pertenecía al Cartel de Medellín, aunque nunca lograron establecer su propiedad, ni su plan de vuelo, ni la identidad de sus dos tripulantes, los cuales fueron recogidos en un Mercedes Benz blanco tras el accidente. Asimismo, tampoco pudieron descifrar las iniciales que estaban escritas en los paquetes de cocaína, cada uno de a kilo: unos decían “L.E.E.”, y otros, “Suerte.J.B.”.

En ese mismo artículo de *El Nuevo Herald* también salieron a la luz unas declaraciones rendidas bajo juramento por Cecilia Lara Bonilla ante el juez 77 de instrucción criminal de Bogotá, hechas en julio de 1984, a raíz del asesinato de su hermano, el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, ocurrido el 30 de abril de ese año dístico. En las declaraciones se menciona el helicóptero de Uribe Sierra: “Rodrigo me dijo que lo de Tranquilandia era muy grave y comprometía a gente muy importante de la política colombiana, que el helicóptero que habían cogido era del papá de Álvaro Uribe Vélez. Fue entonces cuando agregé: ‘La mafia ha entrado a todos los estamentos del país, no solo a la política sino también a la economía’”.

La publicación de esas declaraciones provocó la renuncia de Rodrigo Lara Restrepo, hijo de Rodrigo Lara Bonilla, a su cargo de zar anticorrupción en la presidencia de Álvaro Uribe Vélez, como recordó *El Espectador* diez años después, en un artículo titulado “Tranquilandia, un operativo inconcluso”, publicado el 15 de diciembre de 2017, donde Lara Restrepo dejó entrever que la muerte de su padre estuvo relacionada con la incautación del helicóptero de Uribe Sierra: “Mi papá quedó sorprendido por lo que se encontró en Tranquilandia. El

general Jaime Ramírez, único policía en el que mi papá confiaba en esa época, le alcanzó a decir que había un plan para matarlo y que los responsables eran los dueños de los aviones y del helicóptero incautados. Por eso renuncié. No podía seguir trabajando con Álvaro Uribe”.

¿Qué pasó después con el helicóptero de Uribe Sierra? El 14 de noviembre de 1995, un fiscal sin rostro estableció que no existía pronunciamiento de autoridad judicial que ameritara continuar la investigación sobre el helicóptero y le ordenó a la Aerocivil y a la Dirección Nacional de Estupefacientes que se lo devolvieran al propietario, aunque posteriormente se conoció que esa segunda dependencia “nunca tuvo la posesión física de ninguna de las aeronaves incautadas en Tranquilandia”. O sea que el helicóptero llevaba once años siendo un fantasma y desde entonces no se sabe qué pasó con él, “hoy nadie conoce su paradero”, concluyó *El Tiempo*.

Posdata 1: Lo que sí fue apareciendo a cuentagotas es la información relativa al origen del helicóptero, por ejemplo, que fue construido en 1980, comprado en Los Ángeles e importado a Colombia el 27 de octubre de 1981, donde fue nacionalizado en abril de 1982. La compra fue hecha por Aerofoto Amórtegui & Cía. Ltda., firma de la que era socio Alberto Uribe Sierra. Además, se supo que la licencia de operación se la otorgaron al día siguiente de que el helicóptero llegara al país, esto es, el 28 de octubre de 1981, y en un tiempo récord de cuatro horas, cuando dicha gestión requería entre quince y veinte días. Pero eso no fue lo más insólito, ya que, en esa misma fecha, según informó Noticias Uno el 21 de abril de 2002, “la Aerocivil concedió matrículas de bandera colombiana a tres de los seis aviones que serían decomisados por la Policía durante

el allanamiento a Tranquilandia”. Sobre decir que el director de la Aerocivil en esa época era Álvaro Uribe Vélez, quien, según *Pares*, de las 2242 licencias que concedió en su administración (casi las mismas que se concedieron entre 1954 y 1981), por lo menos doscientas quedaron en manos del Cartel de Medellín.

Posdata 2: La muerte de Alberto Uribe Sierra estuvo muy presente en la sección de avisos fúnebres de la prensa local, fueron más de treinta los que se publicaron entre *El Mundo* y *El Colombiano*, destacándose el de su familia, el de la Alcaldía y el de EPM. Sin embargo, el más visible de todos fue el pagado por Medellín sin Tugurios: “La junta directiva y empleados de Medellín sin Tugurios lamentan la muerte del señor Alberto Uribe Sierra, ocurrida el pasado 14 de junio de 1983”. ¿Quién presidía esa junta directiva? Pablo Escobar. Medellín sin Tugurios sería descrito así en *Los jinetes de la cocaína*, libro de 1987: “Los coqueros buscaron la solidaridad social a través de programas que aparentaban tener un sentido cívico, como Medellín sin Tugurios, plan lanzado públicamente en Bogotá por el alcalde de Medellín Álvaro Uribe Vélez, y que consistió, según se conoció después, en las mil casas en obra negra que fueron donadas a los residentes del basurero de Moravia, financiadas por Pablo Escobar”.

Posdata 3: Los vínculos de Alberto Uribe Sierra con Medellín sin Tugurios no solo fueron *post mortem*. Tres meses antes de su muerte, o sea el 13 de marzo de 1983, a las tres p. m., en la plaza de toros La Macarena, se llevó a cabo la “grandiosa corrida de beneficencia”, organizada por esa fundación sin ánimo de lucro encabezada por Pablo Escobar. En el cartel de la corrida se anunciaban ocho toros españoles de la prestigiosa ganadería Los Guateles, a los toreros

Pepe Cáceres y César Rincón, y la “histórica presentación de los grandes rejonadores antioqueños Dayro Chica, Andrés Vélez, Fabio Ochoa y Alberto Uribe Sierra”.

Posdata 4: En *El señor de las sombras, biografía no autorizada de Álvaro Uribe Vélez*, específicamente en el pie de página 27, se dice que Alberto Uribe Sierra no fue asesinado por las Farc, sino por la mafia, en una operación de ajuste de cuentas: “En esa época, conocidas por círculos cerrados de la sociedad antioqueña ciertas actividades de don Alberto Uribe, las cuales se relacionaban con su súbito cambio de estatus socioeconómico, circuló con mucha fuerza la versión de que su asesinato se debió a una vendetta entre narcotraficantes”. En la actualidad los líderes de las antiguas Farc siguen negando la autoría de ese crimen y han advertido que no lo reconocerán ante la JEP.

Posdata 5: En los dos días posteriores a su muerte, los periódicos hicieron pequeñas semblanzas de Alberto Uribe Sierra, por ejemplo, esta: “No se sabe si era más mujeriego, o aguardientero, o buen conversador, pero en esos aspectos no tenía rival. Donde llegaba, con su charla, se convertía en el centro de la reunión. Lo comparaban con un encantador de serpientes”. Aunque la mejor de todas se la hicieron en plena existencia, su amigo Fabio Ochoa, el patriarca del clan Ochoa, en su libro *Mi vida en el mundo de los caballos*: “Alberto Uribe debería ser el ministro de Agricultura de por vida, pues este sí ha palpado, vivido y sufrido los problemas del campo, la reforma agraria, la violencia, etc., tantas güevonadas que inventaron los políticos y demagogos que no han salido de la carrera séptima. Descendiente del indio Uribe, a Alberto sí se le puede decir paisa, liberal y macho”.

La planta de tratamiento de aguas residuales será sede del proyecto que pretende generar este gas energético amigable con el medio ambiente. Aquí le contamos de qué se trata y por qué es clave en la transición energética.

epm[®]

El piloto de EPM para producir hidrógeno verde comenzará en Aguas Claras



Foto: EPM

La apuesta es ambiciosa: la idea es que los primeros cinco kilogramos de hidrógeno verde *made in Bello* estén listos en noviembre. Y que esa misma cantidad se produzca a diario.

Así lo tiene previsto EPM, en su Dirección de Soluciones de Hidrógeno, área que trabaja en la viabilidad del piloto que le apuesta a convertirlo en una opción viable para la empresa y una alternativa real para el país en tiempos de transición energética.

Stefanía Uribe Palacio, profesional a cargo del proyecto, detalla que identificaron una oportunidad en Aguas Claras porque allí, a través de varios procesos de la planta, se produce energía limpia, un requisito indispensable para concebir el hidrógeno verde.

“Vimos en la PTAR Aguas Claras una oportunidad para empezar a producir hidrógeno verde porque dentro de los procesos se genera energía

con el biogas, que se considera una energía limpia. Ya estamos con los diseños que se requieren en la planta y con los permisos que se requieren con la autoridad ambiental”.

Además de ser el elemento químico más abundante en el universo, el hidrógeno es el primer elemento de la tabla periódica y el más liviano. También es un gas vital en la industria petrolera y en la producción de amoníaco, insumo clave de los fertilizantes. Cuando se obtiene luego de la combustión del gas natural se conoce como hidrógeno gris porque emite CO₂. La tendencia actual es obtener el hidrógeno a partir de energías limpias y de una tecnología que evita las emisiones, de allí el apelido de verde.

Por supuesto que producir hidrógeno verde es más complejo de lo que suena porque el hidrógeno en el planeta solo existe en combinación con otros elementos: por cada molécula de agua hay dos átomos de hidrógeno y extraerlas requiere tecnología. La líder del proyecto explica que todavía se evalúan factores como el uso que se le dará a la producción, si EPM puede ser competitivo, los riesgos que tiene almacenarlo y a qué mercados internacionales podría llegar:

“Partimos de tener una energía limpia que se mezcla con agua en un equipo que se llama el electrolizador y esto da como resultado el hidrógeno verde. Esperamos inicialmente que el uso sea para procesos internos de la planta, pero en una segunda etapa vamos a revisar otras aplicaciones en movilidad, industrias pesadas o para suplir otras necesidades de la empresa”.

Los usos y el mercado internacional de este gas energético son mucho más amplios. Países de la región como Chile o referentes mundiales como China, Australia, Países Bajos o Alemania llevan la delantera en esta tecnología.

Precisamente fue en este último país europeo donde la ministra de Minas y Energía, Irene Vélez, aprovechó para hablar de energías limpias y mencionó el potencial para el país de masificar esta tecnología: “En estos tiempos de transición tenemos la certeza de que el hidrógeno verde, como un derivado de las energías verdes, es para Colombia una oportunidad para cerrar brechas sociales y económicas”.

La parte que a don Gonzalo le gustaba de los días era la de ir a echarse junto con la Sixta Tulia en el potrero de abajo, a echarse sobre su panza, o su vientre, a pensar sobre las cosas y a decirlas en voz alta, que era como a don Gonzalo le quedaba menos ardua la tarea de ordenar sus pensamientos, horizontal y en voz alta, y entonces los pensamientos se le iban deshilvanando como volutas de humo de un café recién servido en una mañana helada y ya en el aire, se le iban entrelazando en ideas más bien bonitas, en aros anudados pero no muy apretados, suelticos, como para darle espacio a una voluta nueva, a una palabra fortuita que le subiera a la mente como una burbuja gorda y le saliera a la medida de lo que estaba pensando, es decir lo que Isaí, que sabía de estas cosas, llamaba filosofía, o eso era lo que Gonzalo había entendido finalmente ya cumplidos los treinta años cuando Isaí, que era de pocas palabras, echado al pie de un eucalipto después de haber almorzado, con el cigarrillo en boca y la cachucha bajada, se ponía a decir cosas que empezaban con ¡ay! o también con es la vida, y terminaban con Gonzalo, eso le digo, Gonzalito, sí señor y,

sí, señor, se dijo don Gonzalo de acuerdo consigo mismo, pensando que en realidad era de don Isaí que había aprendido a hacer esas cadenas, de su amigo y de nadie más, pues nunca había visto a otro, su mamá o sus nueve hermanos, echándose en un rincón después de haber almorzado a hacer su filosofía, y en cambio cuánta costumbre le había agarrado él a bajar todas las tardes, cuando Delfina se frotaba los brazos y haciendo cara de frío declaraba concluida la jornada, a recostarse a su amiga Sixta Tulia que lo recibía con un mugido ya echada ella en el potrero, y le ofrecía su vientre suave y hospitalario para que don Gonzalo apoyara la cabeza y descansara, y entonces Sixta Tulia respiraba y se le inflaba la panza, y a don Gonzalo la cabeza le subía y le bajaba, el sombrero le subía y le bajaba con cada respiración, y siempre lo hacía pensar en lo curioso que eran los pulmones de las vacas, que se inflaban y desinflaban como los de las personas a pesar de que al estar de pie uno rara vez notaba que el cuerpo se les hinchara por la respiración, casi como si se hincharan por debajo, como un sapo, o por alguna parte no visible, o no se hincharan en absoluto, y sin embargo no era eso lo que pasaba, respiraban normalito como los seres humanos y acunado don Gonzalo se ponía a descansar, a esperar ese momento en que el sol de la sabana se pone color curuba y se guarda lentamente en el sobre de la montaña, como una moneda limpia en un teléfono público, se imaginaba Gonzalo, y el sobre de la montaña lo dejaba entrar del todo y cuando estaba guardado le doblaba su solapa triangular y entonces era de noche, y ese sobre se cerraba y se mandaba al otro lado del mundo a que lo abrieran allá, improvisaba Gonzalo pensando que así sería más o menos que funcionaban los días, convencido de que esas frases, esas fotos de la mente, eso era filosofía y,

ay mi Tulia, le dijo don Gonzalo de manera más decorativa que otra cosa a Sixta Tulia, pues aún no sabía bien cómo decirle lo que le iba a decir y en todo caso Sixta Tulia rara vez daba señales de entender o, mejor, de no entender, pues su respiración se mantenía sinusoidal tras las intervenciones de Gonzalo, y Sixta Tulia inhalaba y don Gonzalo subía, y Sixta Tulia exhalaba y don Gonzalo caía, o su cabeza, está claro, y ese ritmo era una forma de entender y,

ay mi Tulia, así nos tocó a nosotros, continuaba don Gonzalo preparando su reflexión y,

ay mi Tulia, así nos tocó a nosotros, continuaba don Gonzalo preparando su reflexión y,

ay mi Tulia, así nos tocó a nosotros, continuaba don Gonzalo preparando su reflexión y,



Ilustración de Santiago Rodas

MATÍAS GODOY

PAN Y PACIENCIA

CAPÍTULO UNO

cada uno tiene su papel, y este es el nuestro,

y, nosotros no lo escogimos, no señora, que yo sepa,

y, a mí tampoco me encanta estar que vaya y venga todo el día, que corra, que vuele, que ayude en esto y aquello, pero,

es lo que nos tocó, siempre a la orden, a usted de que la ordeñen y a mí de... bueno, de que me ordeñen también, ¡de que nos saquen la leche!,

remató esa idea don Gonzalo, que rara vez perdía la oportunidad de hacerse reír un poco, y,

así es esto, mi Tulia linda, y dígame si no es así,

preguntó más bien retóricamente pues Sixta Tulia por supuesto se limitó a respirar y a inflarle así el cojín a don Gonzalo, y desinflarlo, y entonces a don Gonzalo, con ese arrullo, con ese auge y caída, se le fueron ordenando las ideas y después de unas cuantas vueltas dijo,

Tulia, pero no por eso se va uno a dejar morir, no hija, la muerte no cambia eso,

y ya entrando más en materia, ¿o es que acaso usted cree que eso va a ser diferente allá en el Cielo con San Pedro y los doctores?,

dijo don Gonzalo ya con otro tono, preocupado de haber ahondado demasiado y,

la misma vaina de siempre, mi Tulia... ¡Gonzalo, que baje la luna!, ¡Gonzalito, que suba el sol!, ¡que échele maíz al Espíritu Santo!,

dijo don Gonzalo ya riendo y feliz de ver que Sixta Tulia parecía haber apreciado el comentario si no con una

risa, pues eso era mucho pedir, sí con una especie de estornudo inesperado y un reacomodo de sus patas delanteras y fue entonces que,

¡don Gonzalooo!,

dijo una voz animosa que no era la de la vaca y,

don Gonzalo, cómo me le va,

repitió la voz de Gerardino, el veterinario, acercándose al potrero en el que don Gonzalo de inmediato se paró y se sacudió el pasto seco y,

buenas tardes, Gerardino, cómo me le va,

lo saludó don Gonzalo y,

bien, Gonzalito, a Dios gracias,

y,

cómo sigue esa vaquita, añadió el veterinario dándole la mano a don Gonzalo y estudiando a Sixta Tulia, aún echada sobre el pasto en la posición de antes y,

pues ahí masomenitos,

dijo don Gonzalo girándose él también hacia la Tulia y mirándola como en una telenovela de hospital y,

es que está bien flacuchenta, mírele esos huesos,

observó el veterinario y don Gonzalo,

sí, pero ha comido bastante,

y,

es que está bien larguirucha, mírele esas ancas,

añadió el veterinario y don Gonzalo,

sí, pero ha descansado hartó,

y,

es que está bien manilarga, mírele esas patas,

comentó el veterinario y don Gonzalo,

lo,

sí, pero ella siempre ha sido así,

de pata larga,

y, es que mírele esa cara, ¡meras

cuencas!,

insistió el veterinario y don Gonzalo ya no encontró qué decir e incluso se molestó un poco pero,

es que está bien langaruta, mírele ese costillar,

dictaminó Gerardino y don Gonzalo,

bueno, pero...

y,

mírele esas ojeras, don Gonzalo,

¡parece una calavera!,

concluyó el veterinario y ahí sí don Gonzalo se molestó en serio porque se le hizo que Gerardino, siendo honestos, estaba hablando de una cosa y esa cosa era la Muerte, y a don Gonzalo eso no le parecía ni apropiado ni científico tampoco, ni mucho menos decente, condenar de esa manera a la pobre Sixta Tulia sin siquiera haber sacado el estetoscopio o lo que fuera que usaran los médicos veterinarios y en efecto don Gonzalo notó que el veterinario no parecía haber traído consigo más que una cara de bobo y una ruma de nombres para la Muerte, y entonces le dijo,

bueno, y a todo eso qué le hacemos,

como abriéndole un espacio a la esperanza pero,

mire, Gonzalito, es que esa vaca está enferma...

y,

no me diga,

le respondió don Gonzalo ya francamente ofendido de que Gerardino no fuera capaz siquiera de decirle a Sixta Tulia por su nombre, si se lo sabía de sobra y,

sí, Gonzalo, eso le digo,

le repitió Gerardino mirándola como

a un mártir y entonces a don Gonzalo le dio rabia ese tono de final, ese acabose y, mejor dicho va a tocar llamar al veterinario,

dijo entonces Gonzalo reuniendo toda la tirria y,

bueno, don Gonzalo, acuérdeselo que yo ya le di unos remedios,

se protegió Gerardino, pero, entonces está viva de milagro,

le retozó don Gonzalo con ganas de aplastarle a Gerardino la cara en un pastel de mierda, de embetunarlo bien bueno y,

bueno, respéteme, don Gonzalo, o no le trato más a esa vaca,

pero Gonzalo,

ah entonces seguro que amanece buena y sana,

y Gerardino,

mire, ¡le advierto que aquí en el pueblo no hay otro veterinario!,

y don Gonzalo,

es que yo todavía no doy con el primero,

y Gerardino viendo cómo eran las cosas,

usted no sabe de esto, usted no es profesional!,

y,

ah, ¿a dejar morir animales eso lo aprendió en el Sena?,

le soltó entonces Gonzalo y a Gerardino le hirió, eso del Sena, le dolió en el hígado o el riñón o en algún lado,

porque Gerardino sí había ido al Sena a estudiar veterinaria y aunque don Gonzalo no podía saberlo no se había graduado, Bogotá le había parecido el lugar más violento del mundo y además de todo caro y en menos de seis meses se había comido la plata que había llevado y la poca que había ganado se la había jugado toda en un esferódromo de la carrera Décima, el casino de los pobres, y después de cuatro o cinco llamadas largas y llorosas la mamá lo había convencido de volverse a Subachoque, le había ofrecido una pieza en la casa familiar, que le hacían una puertita hacia la calle para que pudiera tener su independencia, que ella hablaba con el papá para que no se pelearan, y entonces Gerardino empacó sus fotocopias prometiéndose estudiar él solo y se esfumó por la Ochenta y,

bueno,

dijo Gerardino con el comentario de Gonzalo aún clavado en el riñón o el páncreas o por ahí cerquita en algún órgano vital y,

bueno,

le completó don Gonzalo no sin un poco de rabia aún pero ya habiendo entendido que se le había ido la mano, que el tema era la Tulia y no el otro, y que estaba confundiendo el mal con la falta de cura, por lo cual bajó la mirada y asintió con la cabeza en señal de acatamiento del diagnóstico del médico, y entonces Gerardino descansó también, ahora un poco arrepentido de no haber sido más duro, de haber levantado un brazo a

sabiendas de que don Gonzalo jamás se iba a pelear con él, por furioso que estuviera, porque era un asustadizo y eso lo sabía todo el pueblo y entonces,

hay que esperar a ver qué pasa, si se cura,

le concedió a don Gonzalo viendo que él también iba amenguando y ya dándose la vuelta para irse y,

bueno,

le respondió don Gonzalo mirando a la Sixta Tulia de reojo, sintiéndose confundido, incapaz de encontrar de nuevo el lugar en que había estado hacía unos minutos, el lugar ante la vida, furioso y triste a la vez, herido y quieto a la vez, desesperanzado y firme al mismo tiempo, pensando en cuál podía ser la gracia de una vida así, para Sixta Tulia, echada en un potrero sin ganas de vivir, pero para él también, atrapado en ese limbo, con una tristeza que daba rabia y unos ataques de rabia que no dejaban más que una tristeza ancha y ajena, como esas natas blandas que a veces tapan el cielo y que no son ni nube ni sol, ni frío ni calor, sino como un barro de arriba, un desamparo general y,

desamparo es desamparo,

se dijo don Gonzalo ya empezando a filosofar cuando lo sorprendió un repique en el portón, en la campana del portón más bien, de la que alguien estaba jalando como queriendo descolgarla de lo duro, pique y repique la campanita y entonces don Gonzalo hacia allá fue, dejando sola a la Sixta y aún sin saber que lo que se iba a encontrar bajo el portón iba a dejarlo mudo, iba a dejarlo tieso, sin palabra que decir, sin frase que rematar, sin aliento para preguntar ¿quién es?, pues era Inés, Inés la panadera, la misma Inés de siempre pero esta vez más hermosa, que venía corriendo por unos huevos, que se le habían acabado y había dejado sola la panadería, es decir que era el Amor bajo el portón, era el ángel de los huevos del Amor, era la mismísima gallina del Amor, a pesar de que Gonzalo a Inés la conocía hacía años, la había visto bajo esa misma luz y bajo otras veinte luces en muchas ocasiones y sabía perfectamente que trabajaba en la Paciencia, y sabía que era hija de unos campesinos viejos de allá del páramo de Arce y sin embargo, a pesar de saber todo eso y de haber visto a Inesita en esa luz y en otras treinta luces tantas veces, don Gonzalo no sabía a qué gallo despertar, a qué curubo treparse, a qué velocidad salir corriendo a buscar a don Isaí para contarle que en ese portón de la finca por el que no entraba sino el polvo del camino estaba roja y rebosante la gallina del Amor y,

¡ay es ay!,

suspiró hondo don Gonzalo, pues aunque su confusión era evidente, y evidente la ensalada de palabras que el Amor le había aliñado en la cabeza, la joven Inés sí se parecía, mal que mal, a una gallina, con su pico de nariz y sus

anchas caderas emplumadas, y bien visto también a una almojábana, por sus dorados cachetes de sol y yema de huevo, y a una curuba también, con sus ojos verdes y su pelo de resortes enganchados, y a una cuajada, por qué no, a una cuajada blanca y fresca bajo el chorro dulce y ocre del melao del Amor, ¡y a un roscón!, a un dulce de papayuela y,

que los huevos, Gonzalito, que tengo la Paciencia sola,

volvió a decirle Inesita un poco desesperada y en esas la hoja del portón, que don Gonzalo había dejado entrecerrada al salir, se entreabrió un poco y asomó por ella la cara de Gerardino como una oveja perdida, la cara de Gerardino solamente, y sonriendo el veterinario saludó a Inesita levantándose el sombrero y haciendo una especie de venia que no le salió muy bien pero que logró robarse la atención de la panadera y de ese modo apropiarse de la crisis en cuestión, que como Inesita explicaba ahora por tercera vez, consistía simplemente en que se había quedado sin huevos, y si ellos no tenían que le prestaran, si ahí en Las Granjas tampoco les quedaba ni uno, como la cara de Gonzalo parecía indicar, entonces le iba a tocar irse hasta el puro pueblo o sabía Dios hasta dónde, parte de la frase que Inesita dijo con más drama del que sin duda merecía pues el pueblo quedaba a diez minutos como mucho y la tienda de don Augusto, que era la más cercana, a otros ocho o diez minutos como mucho, pero la clara intención era que los caballeros que con tanta diligencia se peleaban con pequeños empujones el puesto bajo el portón para quedar frente a ella, tuvieran la idea galana de ir a traerle los huevos, y a este razonamiento llegó el veterinario bastante tiempo antes que Gonzalo, que aún miraba a Inesita con la boca descolgada en parte porque veía, o por lo menos creía ver, que Inesita lo miraba a él también de una forma que no le conocía, ni a ella ni a mujer ninguna para el caso, batiéndole las pestañas como unas maripositas a punto de salir al vuelo, y directo a la pupila, por lo menos hasta que el veterinario lo sacudió de su idilio con un empujón seguro y adueñándose del proscenio dijo,

usted tranquila, Inesita, que aquí en la tienda de Augusto seguro que tienen huevos,

e Inesita,

ay, ¿usted sí cree, Gerardino?,

y Gerardino,

claro, hija, si quiere yo mismo voy, que por aquí por adentro se llega allá ligerito,

y,

tan atento, Gerardino, cómo le agradecería,

le respondió Inesita dispuesta a justificar no estar yendo ella misma con más de un motivo apremiante, pero para entonces Gerardino ya se había dado la vuelta y había emprendido el camino, para sorpresa de Gonzalo y sobre todo de Inesita, que no había alcanzado a

decirle que los huevos se los trajera pero a la panadería, que no la podía dejar sola mientras él iba y volvía, y,

ay Gonzalo, no le dije que se fuera a la Paciencia,

y don Gonzalo enamorado,

no, claro,

sin saber de qué le hablaban y, es que él va a volver aquí,

le dijo Inés a Gonzalo como haciéndole entender, pero Gonzalo perdido,

¡seguro!,

e Inesita,

y ahora qué hago, si yo aquí no voy a estar,

y Gonzalito,

¡pues quédese!,

pero Inesita,

¡no puedo!,

y don Gonzalo,

¿y entonces?,

y ahí Inesita lo miró como un pajarito flaco, con los ojos bien abiertos y los hombros agachados, y finalmente Gonzalo,

¡o voy yo!, y más bien le aviso,

e Inesita,

¿sí, Gonzalo?,

y don Gonzalo,

¡pues claro!,

y entonces Inés,

espere, y qué pasa si se cruzan,

y don Gonzalo,

no creo,

e Inesita,

no va y sea, Gonzalito, por qué no mejor va usted y me lleva una bandeja allá a la panadería,

y Gonzalito,

¡también!,

le dijo al fin a Inesita y se mordió el labio con fuerza como castigo por no haber entendido antes lo que le estaban diciendo, es decir que fuera él y le llevara los huevos, él Gonzalo, él Gonzalito, no la mula de Gerardino que se había ido sin oír el resto de la tarea, y al tiro salió volando sin siquiera despedirse y dejando el portón abierto de par en par y,

bruto es bruto,

se regañó a sí mismo Gonzalo. ©

* Este texto hace parte del libro *Pan y paciencia* publicado por Alfaguara en el 2023.



PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 12:15 m a 10:00 pm
Reservas: 321 241 8833

Calle 57 (Argentina) # 41-57
Medellín, Colombia



CASA SAN MIGUEL
Desde 2023

Librería, café, restaurante/bar, dispensario cannábico y tienda de artes y oficios. Casa abierta y punto de encuentro de funcionarios públicos, comerciantes, turistas, artistas y paseantes en general.

Dónde: Calle 11 # 8-70, costado peatonal norte de la Alcaldía Mayor de Bogotá - Centro Histórico. Abrimos de domingo a domingo.

ESE LLAMADO GORILLAZ

por LINA ALONSO • Ilustración de Cachorro

A un año de su paso por Bogotá

La picadura fue rápida y seguía el mismo patrón: llegar del colegio a casa, descolgar la faja de la tarde con la maleta estrellada de un solo avestruón contra las escaleras, luego de desbrochar el saco del uniforme, y después de dorar las tajadas de maduro, me sentaba en el comedor frente al único televisor de la casa, sintonizaba de manera casi automática el VH1 o MTV, que mi papá había pirateado en el barrio junto con otros canales, y dejar que sucediera la magia, atragantarme de cuantos videos pasaran por esas dos "frecuencias", fueran videos de mierda o fueran los de Red Hot Chili Peppers, enamorarme de Gwen Stefani o Kylie Minogue, creer que las guitarras de Last Resort estaban pensadas para mí, o fritarme como el maduro con Black Hole Sun de Soundgarden, no importa, veía lo que fuera, el tiempo era poco, restringido, exacto en su tacañería porque al llegar mis hermanos mayores tendría que aguantarme otro *Vamos a buscar las esferas del dragón*.

Esa rutina, la del colegio, almorzar sola frente a la pantalla de ese Sony porrrón, la sangre aún caliente de la jornada y la pierna izquierda agitándose frenéticamente en el suelo de la sala, era parte de mi adolescencia, una rutina que inició el daño, mejor dicho, inauguró una tradición personal en mi gusto sonoro, los clips que ahora pasan de relleno en cualquier bar de rock fueron en los comienzos de los años 2000 el ruido justo que necesitaba para sostenerme en las primeras esquinas de mis doce o trece años, y entre los vericuetos de esos días previos al internet, previos al amor, previos a tantas cosas, llegaron los sonidos y las imágenes de los ingleses que se me antojaron como una serie de apariciones de lo que conoceríamos como la digitalización de la vida, el siglo XXI cibernético diciéndonos que se estaba incubando otra realidad, otro mundo paralelo. Sin embargo, entre esta marejada de porquería visual de MTV, con los videos de Gorillaz pasó algo diferente, fueron un chispazo, sus canciones me tronaron en un tono desencajado, preciso y terso, repuntaban unos acordes que no lograba entender, pero que los sentía cercanos como las tardes enteras en las que me sentaba con mi guitarra a improvisar y jugar con pentatónicas y, del otro lado, sus animaciones pelecharon bien dentro.

Fue el de *Clint Eastwood*, lanzado en 2000, el primero que vi, el gritoico acompañado con las letras rojas chorreantes y los truenos del inicio, después el *sample* de *El bueno, el malo y el feo* y un muñeco enjuco con los ojos negros cantando en un cementerio, la voz de 2D sacaba algo que no entendía y que a los pocos días me arrastró a la única cabina de internet del barrio para descargar la letra e imprimirla *-musica.com-*, pagaba las hojas impresas con las monedas que dejaba el negocio ilícito, de gomas azucaradas, en el colegio. Seguí enchufándome el resto de los videos y letras: *Feel Good Inc.*, *Dare*, y así hasta el *Plastic Beach*, con los videos de Melancholy Hill y la aparición demencial de Bruce Willis en *Stylo*, después con *Dirty Harry* hasta



los últimos del Cracker Island. Cuando medio entendí lo que decían las letras me ubiqué mejor, pero lo que realmente me fascinaba era la idea de asociar a los cuatro personajes con los músicos, pensar que había una pandilla de verdad protagonizando las escenas más desbarancadas, mezcla de ciudades ruinosas, zombis, fábricas y bestias marinas, pensé que eran cuatro anormales los que verdaderamente existían detrás del sonido, cuatro dementes atravesando el desierto con la rasca aún puesta, siempre golpeados, siempre en problemas, me tragué el cuento de que 2-D, Noodle, Murdoc y Russel eran copia o simulación de unos de carne y hueso y no Damon Albarn y Jamie Hewlett diciéndonos que la virtualidad era un hecho, que ellos dos eran los fantasmas tras el nombre. Y no

importa que Gorillaz no exista como lo pensaba, sobre de realidad suficiente para seguir mezclando, colaborando con quien se les venga en gana, haciendo las cosas que les plazca en sus videos, metiendo en submarinos a Snoop Dog, a los de The Clash, toteando sonidos con Danger Mouse, carcajeándose con los De La Soul o haciendo junturas con Bad Bunny, o escalando terciopelos con Kali Uchis, en su fantasmagoría todo es posible, tanto para recortar y pegar en los sonidos y los visuales, como para hacer que su agrupación viva en casas embrujadas o para remixar clásicos, jugar con sonidos arrancados del dub, del *synth pop*, el punk o poner en una canción la voz fibrosa de Ibrahim Ferrer.

Al aura surreal y descascarada de sus videos se le suma que todo en ellos

siempre lleva el sello de otros, referencias de otras cosas, no hay Gorillaz sin robo, sin plagio, sin réplica u homenaje, Albarn trae sonidos de Asia, del reggae, del ska, juega con nuevos instrumentos como lo vemos en el documental *Bananas*, pica de otros lados y remixa en las composiciones; en el trabajo de Hewlett se siente la influencia de Miyazaki, el *steampunk* de Final Fantasy, rasgos de Quentin Blake que desprenden una dosis utópica en la que la tristeza se eleva, sin mucho gesto, sobre las ruinas de ciudades, por carreteras, por paisajes sacados de una vieja película de vaqueros que pueden ser reemplazados por droides anémicos, por niños en el desierto, lo de esta banda es una mueca *dosmilera* y melancólica que nos recuerda el tránsito de lo análogo a lo digital, ese magma

virtual donde, al ser todo posible, se desdibuja el límite de lo real de lo cibernético —donde todo ocurre por su dimensión nunca terminada—, y ahí está el asunto, no hay límites en sus composiciones porque no hay unidad, no hay división entre mundos, los fragmentos de la cotidianidad y los delirios zombis del cómic hacen parte del mismo berenjenal. El artificio fantasmagórico de una banda que no existe les da una licencia creativa sin rienda, les da para que sus personajes tengan la vida que toda estrella de rock desea mientras Albarn siga, por ejemplo con Blur, y Hewlett volviendo a su iniciática *Tank Girl*.

Ahora, el año pasado los fantasmas aterrizaron en Bogotá, en el Movistar Arena, y, por más mediación de los años y evasión a la retromanía, volví a esa misma euforia colegial de oírlos por primera vez.

Vivir cerca del lugar alentaba mi ansiedad, al ver las luces del estadio prendidas con el primer asomo de la noche comenzamos a repartir los chorros, a poner le temitas con la manada, a calzar el piso cómodo, a arreglar la perchita de cebra, que los brillanticos, las cajetillas, las amistades, todos que camine y tan, me había negado rotundamente a ver fotos de Albarn o cualquiera de los músicos en internet, quería la sorpresa plena, como esa Lina de trece años creyendo que lo que iba a ver era una serie de hologramas o simples animaciones en pantallas gigantes, después de saber que solo eran dos también me había negado a buscar en fotos del dúo. No había ido la vez que vinieron al Estéreo Picnic porque qué vuelta tan cara y mera lejura, paila, esta vez no lo dudé.

Los teloneros, Los Petit Fellas, estuvieron bien, muy ellos. El sonido estaba balanceado, se apagaron las luces y con el chirrido de M1 A1 arrancó el concierto, todo era muy rosa en el escenario, Albarn todo, también los instrumentos, también rosas las ropas, las luces, la tarima era un revoloteo, un carrotancado de músicos iban de un lado a otro calentando voces y tendones, el movimiento allá arriba se acompañaba muy bien con el público, tres pantallas enormes iban proyectando las animaciones, una gigante iba abriendo campo a la cara satánica de Murdoc, a los ojos achinados de Noodles, a los innumerables viajes de los cuatro, mucha gente alrededor estaba paralizada, ni cantaba, ni saltaba, solo absorbía de un tacazo la voz de Damon Albarn, esa voz que siempre se está desvaneciendo, que va dejando volutas de niebla donde confundimos susurros y confesiones, que parece hecha de humo y fatiga, esa voz que se contrapunteaba con los coros sacados del *soul* y el *funk*. Con *Rhinestone Eyes* seguida de *19-2000* estábamos tocando el cielo, y fue ahí en esa tanda que nos compactamos todos por un tiempo indefinido, la acústica nos arropó y no quedaba más sino dejar que el sonido reventara en el pecho. Para mí fue imposible no traer un poco de esa tristeza sicodélica del *Plastic Beach* que me acompañó durante la

universidad —esos días en los que no hablaba con nadie por ese complejo de inferioridad de empaque familiar de las clases bajas cuando les toca enfrentarse a la clase media alta, esas mismas tardes en las que solo quedaba prenderme un puchito en el andén del Parque Nacional y dejar que el día se fuera cuajando antes de embutirse tres horas en un bus—, las pantallas, los videos y sus tonos terrosos me plantaron en ese 2011. Después, en el concierto, chao tristeza, estalla *Feel Good Inc.*, *Dirty Harry*, *El Mañana* y mierda que voló por lo alto porque todos saltábamos como poseosos dejando que cada saxo, guitarra, teclado, bajo o redoble nos penetrara sin tregua, mientras veíamos la evolución de los personajes en las pantallas. Cada canción iba poniendo un peldaño más grande a la armazón del espectáculo, y si nosotros estábamos en éxtasis ellos no se quedaban atrás, todos parecían fusionados con los instrumentos, bailaban con ellos, saltaban y les daban vueltas como si fueran parejas de un baile reggae que de pronto se vuelve un pogo.

Si diéramos con Mark Fisher y su afirmación de que todo lo que existe es posible únicamente sobre la base de una serie de ausencias que lo precede, diría que *Clint Eastwood*, canción con la que cerraron el concierto, es la prueba de que hay un tema que nos hace existir como generación, que a los postulados de que nacimos en unos noventas-2000 desahuciados de espíritu político, en un embrollo de lucha de clases desvirtuada, llenos de ausencias sociales, y en Colombia en medio del bombardeo no metafórico de la necropolítica soportada en el discurso estatal, en un inicio de siglo que nos vomitó de repente sin la menor idea de cómo maniobrarlo, fue este video y esta canción la que nos dio una especie de pegamento sonoro, mientras una animación nos decía *I'm useless but not for long/ The future is coming on*, nosotros del otro lado de la pantalla tapizábamos con esa muleta los días inciertos, ese porvenir amargo donde se nos cuajó la idea de que el futuro sucedía todos los días lamentablemente, por más monos zombis que nos persiguieran seguiría la locura, seguiría saliendo el sol en los cementerios, la canción no tiene una sabiduría depresiva, es un llamado carente de entusiasmo a estar plenos y desgastados en nuestra cotidianidad, pero atentos a lidiar con genios raperos, katecas, días de truenos porque "todo cuerpo que no está exterminado se levantará y seguirá matando".

Gorillaz es la fantasía mejor lograda de la historia de la música pop de su generación, además del *show* demencial de Albarn y su elenco, esta gente sigue en la banda sonora de mi vida en cualidad de espectros redundantes de ausencia real en mi ingenua percepción adolescente, se mantienen en su fantasmagoría y son ese tipo de delirios con los que iría feliz en un carro rumbo a ningún lugar viendo el primer bostezo de las ciudades cuando las fábricas comienzan a echar sus primeras bocanadas de humo. ☺

Medicina Alternativa

- Bioenergética
- Sintérgica
- Homeopatía
- Terapia Neural

DR. LEONEL FRANCO G
Medicina Bioenergética & Sintérgica

Citas  3006535389

Horarios: De Lunes a viernes, con previa cita.

Dirección: Calle 49 (Ayacucho vía del Tranvía) No. 31-67
(Cerca de la Estación Buenos Aires del Tranvía)

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335



En el número pasado Muto pedaleó entre el *mato grosso* y la frontera con Brasil. Un ciclista sin más afanes que el próximo cambuche. Ahora, después de seis meses de carretera nos deja las postales de su salida de Bogotá hacia el sur de Colombia. En cicla por tierra y río.

VÍA AL LLANO LLANO

por MUTO • Fotografías por el autor



De Bogotá me alejo entre el aliento de niebla y frailejones del páramo de La Viga, por la carretera que lleva a Choachí. Noviembre apenas comienza, el viento pega helado junto a la laguna que se abre a un lado de la vía y una pareja de turistas de fin de semana se me acerca y me pregunta hacia dónde voy. Es la primera vez en lo poco que va del viaje que alguien siente curiosidad por mi destino ciclista.

A los Llanos, digo yo.

¿A Villavicencio?

Para tantísimos colombianos de los Andes, de las ciudades y pueblos que se aferran a laderas o que se asientan en valles de los que se sale subiendo o bajando, el Llano es Villavicencio, o Puerto López con su obelisco, el famoso ombligo del país. Arauca, o Yopal allá en Casanare son los confines del imaginario andino. La fronteriza Carreño no es solo remota en el territorio sino en el lenguaje y la conciencia. ¿A Puerto Carreño? Junto a la camioneta Chevrolet en la que vienen conduciendo desde el Eje Cafetero la pareja de esposos se miran. ¿Existe carretera hasta Puerto Carreño?

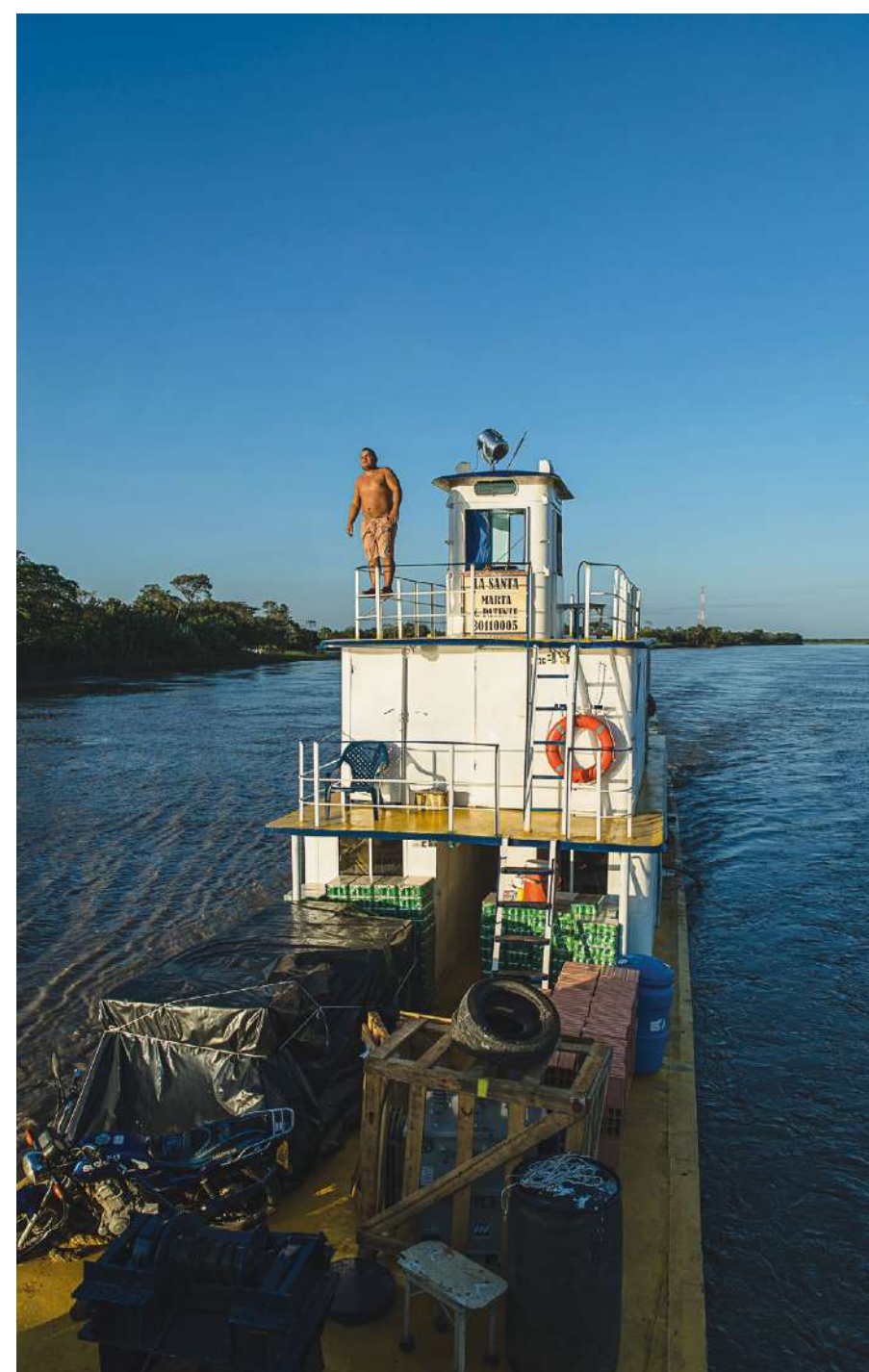
Un par de días después, más allá de Choachí y de los largos túneles que perforan las montañas por las que discurre la autopista al Llano, en la Ruta Nacional 40, estoy exhausto y feliz tomando un descanso en Buena Vista, el alto sobre uno de los costados de la cordillera oriental desde el que Villavicencio y la gran sabana del oriente del país se hunden en un horizonte con nubes y aguaceros lejanos. No he estado en Villavo en más de veinte años y mi descenso a la húmeda capital del piedemonte es palpante. Es la ciudad en la que fui niño.

dos preciosos objetos, unas alpargatas negras sin usar y un viejo machete marca Corneta. A la mañana siguiente la sonrisa del hombre que de niño me llevó a pescar al Río Negro y al Guayuriba, ríos tremendos, me despide no sin cierta tristeza. Sus alpargatas, una preciosidad de la región, me acompañan por tres meses hasta que son arrebatadas por las aguas de otro río tremendo, el Curuá, en Brasil. Su machete herrumbrado, que según el viejo andariego y pescador habrá de protegerme de bestias y malandros, no conoce amenaza en cinco mil kilómetros y lo cedo a la dueña de un hospedaje, en Potosí, donde me recupero de la embestida del altiplano boliviano y sus vientos de acero y cantera.

Salir de Colombia pedaleando por la Orinoquia es una idea atípica. En Puerto López le cuento a la mujer que me sirve pescado frito en un restaurante en las riberas del río Metica que cuando era niño casi me ahogo en las aguas de ese río, famoso por sus remolinos y sus muertos. La mujer, que siente una simpatía automática por mi bicicleta viajera, parece saber más del río y de las aguas que nadie con quien haya hablado hasta entonces. Me cuenta que por quince años fue cocinera en los barcos que llevan ganado por los grandes ríos llaneros, el Ariari, el Meta, el Guaviare. La conversación continúa afuera del restaurante mientras llueve a cántaros y miramos el agua caer por entre las grietas de las tejas. La arena que cubre los corredores de la vieja casa y la que se mete entre el barrio de pescadores detrás de nosotros es arena del Metica que se queda ahí después de cada crecida. La mujer me confiesa que extraña la vida de los barcos, que ahora su Vichada, desea volver al llano, al Llano llano, y me sorprende obsequiándome una amorosa descripción de Carreño, del pueblo que se asienta sobre una roca enorme allá donde el Meta encuentra al Orinoco. Por la manera en la que sus ojos miran mientras habla adivino que la mujer pequeña y morena está muy lejos, en un barco en el que llega a su añorada ciudad o en uno en el que se va. Carreño tiene su fama, me dice, pero allá el que se mete en problemas es porque se los busca. Le pregunto por qué no lo hace, por qué no regresa. Por el restaurante, que ahora es suyo, me cuenta. Y por su hija. Nos despedimos deseándonos buena suerte y ella me recuerda que por algo he llegado hasta ese río y que más me vale ponerle flotadores a mi cicla. La veo alejarse sobre una vieja Yamaha V80. Su hijita, sentada detrás, la abraza fuerte y sonriendo igual que ella. Aún llueve.

En el trecho hacia Puerto Gaitán el sol quema y el asfalto se pone tan caliente que debo surtir varias veces mis contenedores de agua. Árboles idénticos y perfectamente alineados se desangran en pequeños recipientes negros por interminables horas y kilómetros: las caucheras hiperoptimizadas de la altillanura. Respiro hondo cuando finalmente entro a Puerto Gaitán con su agradable malecón sobre el Manacacías y sus bandadas de loros que dejan caer mamoncillos picoteados sobre los bañistas.

Los pronósticos sobre la trocha son diversos. En el parque La Macarena, entre rancheras y reguetones, los choferes de los buses cimarrones que hacen el trayecto hasta Puerto Carreño un par de veces a la semana me recomiendan desistir. Acampo en el coliseo cubierto de un colegio, el Jorge Eliécer Gaitán, y veo llover desde mi carpa. En el puerto sobre el aún manso Manacacías muleros que hacen tiempo charlando en la sombra que proyectan sus camiones me informan que el sol seca rápido y que con un par de días de calor el camino vuelve a hacerse transitable. Aún faltan un par de meses para que el invierno se meta por completo en la región, pero las lluvias ya causan

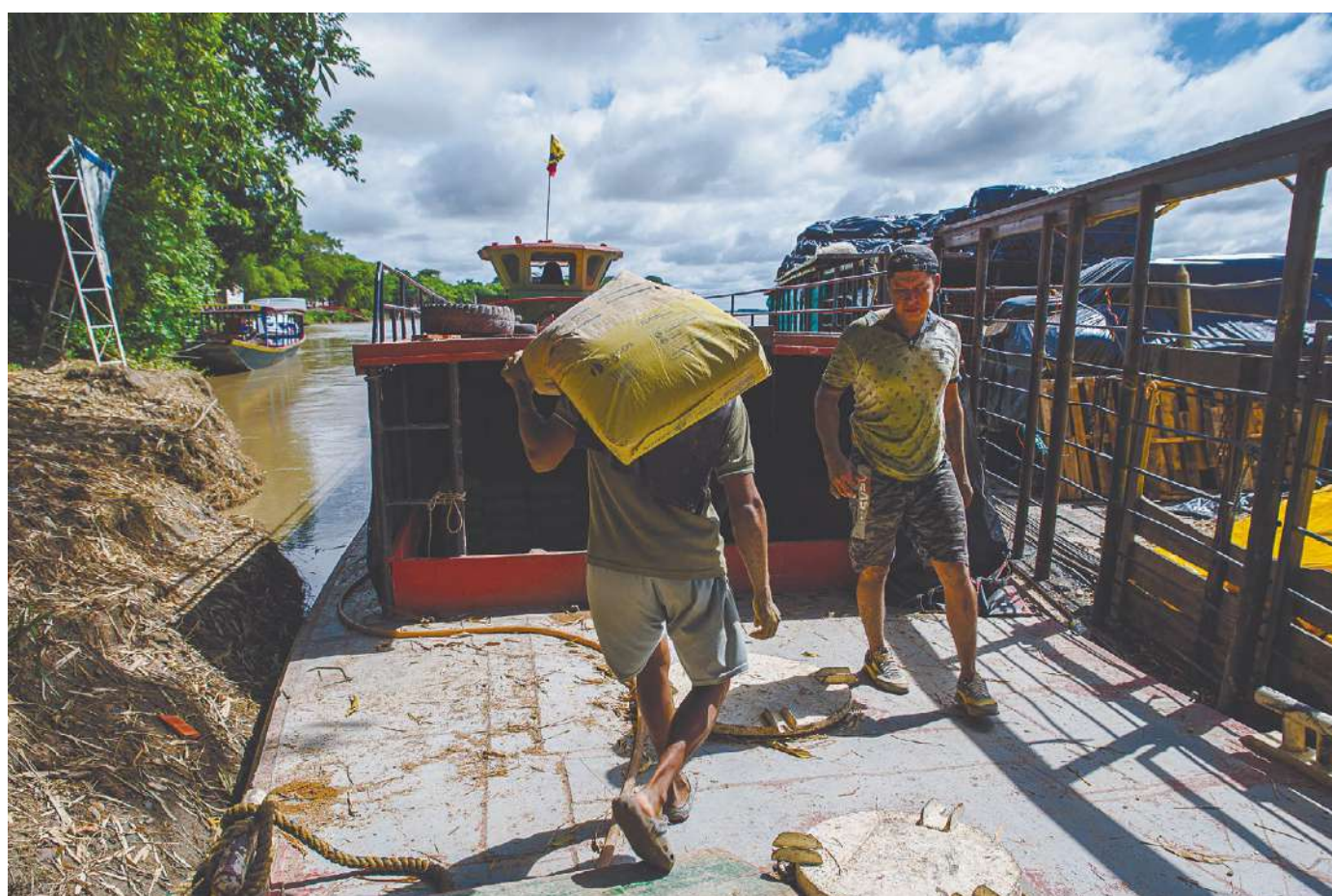


problemas. Mientras los cotereros llenan y desocupan las bodegas de esos barcos pequeños en los que todo me intriga, comienzo a tantear la posibilidad de montar mi bicicleta, y a mí mismo, en uno de ellos. Las voladoras, que es como llaman en la región a las lanchas rápidas, hacen la ruta en doce horas, pero me parecen costosas y ya estoy fantaseando con los cinco días que les toma hacer lo mismo a los ladrillos y a la cerveza. Hablo con algunos marineros que me dan nombres y apodos de capitanes con salidas retrasadas, camisas abiertas hasta el ombligo y problemas mucho mayores que el mío. Al atardecer los pájaros hacen una bulla tan endiablada en el parque La Macarena que dejan sin aliento al jolgorio de borrachos de las cantinas y yo me consagro a las delicias fritas que venden hombres y mujeres llegados por tierra y por agua desde la muy próxima Venezuela.

Nueve kilómetros adelante de Puerto Gaitán el asfalto de la Ruta Nacional 40 desaparece y continúa el camino de tierra, la trocha. Niños sáliva me salen al paso y cruzan gritando y corriendo entre charcos que se evaporan bajo el sol del mediodía. En la escuela de la comunidad indígena, un grupo de hombres y mujeres reunidos bajo el techo de palma de una pequeña maloca se quedan mirándome mientras pedaleo por ese camino por el que tantas cosas habrán visto venir. Levanto una mano saludando y las suyas, algunas, se levantan también.

Hago el trecho hasta San Pedro de Arimena sin problemas. El enorme cielo sabanero aparece azul y despejado pero las noticias que trae el camino preludian la tormenta. Viejas Kenworth de La Montaña se acercan renqueando entre los baches y el barro endurecido y son como criaturas maltrechas y exhaustas que han escapado de las garras de algo infinitamente más poderoso que ellas. Lluve de noche y en la madrugada la humedad me despierta y me apresuro a envolverlo todo porque afuera el agua crecida hace arroyos. De regreso a la carretera, el lodo rebosa y es prácticamente imposible avanzar. Hago algunos kilómetros por delgados caminos laterales que se alejan y regresan, los caminos del ganado y de los indios, y una lluvia fina se instala en el paisaje de pastos y hormigueros rojos. El barro se empecina con la transmisión de mi bicicleta y el esfuerzo me agota. Miro en dirección al río. En el silencio sabanero a veces escucho su rumor de aguas poderosas, un motor diésel que se revoluciona empujando algo, una voladora. Poco después me detengo junto a un viejo letrero del ejército donde reconozco algunos nombres de poblaciones y distancias. El Porvenir 16. Carimagua 20. El Viento 47. En este punto el camino terrible se bifurca. Decido tomar el desvío que lleva a El Porvenir y al río.





En el bote que me lleva por un brazo del Meta en dirección a la orilla casanareña y a Orocué, me acompaña una muy joven pareja de campesinos y su pequeñito hijo a lomos de una Honda XLR 125 que por la cantidad de barro que lleva encima asumo que viene de la trocha. El padre de escasos veinte años me mira tímidamente. Yo voy pensando en ese río en el que no he estado antes y que de alguna manera me parece familiar. Recuerdo un viejo álbum de fotos donde otro pescador, mi padre, se aventura en grandes ríos de aguas sedimentadas como este. Lo veo sonriente, con botas pantaneras y acompañado de un corrillo de rostros llaneros que no tienen tiempo. El joven padre me cuenta que van a Orocué, al hospital, por el niño, que ha estado con fiebre. Quince minutos después el bote atraca en una playa donde un grupo de personas espera para hacer el paso en la dirección contraria. La familia se apresura sobre la temeraria Honda. Aún hay diez kilómetros de camino hasta el pueblo y el próximo aguacero ya se siente en el aire.

A Orocué llego pedaleando despacio. El paupérrimo estado de mi persona y de mi bicicleta me tiene sin cuidado. La lluvia hace ríos de agua clara en las calles y me detengo en una tienda de esquina donde me ofrecen tinto y escuchan mi informe del estado de la trocha mientras la humedad escurre a chorros por mis piernas. Hago amigos rápidamente, un chatarrero que todo lo sabe, un entrenador de gallos de pelea, una chica muy joven que despacha cargamentos de ladrillo y grava hacia el Vichada y tiene el respeto de capitanes, coterros y marineros. Descubro que el pequeño pueblo casanareño donde todo me gusta ha sido el hogar de un joven José Eustasio Rivera. Los locales me cuentan que *La Vorágine*, su obra cumbre y su única novela, comienza a gestarse junto al Meta, bajo esos árboles de grandes raíces que hoy sobreviven en el maldición.

Pasan varios días y noches y yo estoy a gusto en el abrazo de la brisa del río legendario y el calor mojado que inculca de vida tantísimas criaturas. En una mesa junto al muelle de pasajeros donde atracan las voladoras con destino a Carreño o a Puerto Gaitán, escucho hablar a un joven capitán al que apodan Comino. El que a su vez es hijo de otro capitán se toma una cerveza despacio mientras las bodegas de su barco son cargadas de ladrillo y materiales de construcción que alguien espera allá en Puerto Carreño, su ciudad natal. Hablamos. Su barco lleva por nombre La Santa Marta y un par de días después lo veré navegar con apenas una pantaloneta y sin ningún instrumento las aguas de un río que debe ser leído con doble precaución. Ni pando ni demasiado profundo, muchos de los troncos y obstáculos terribles que hasta hace poco estaban a la vista hoy se agazapan a la espera del menor descuido.

De Orocué zarpamos en la oscuridad. El sol despunta sobre esas aguas hechas de aguas conmigo dando pasos inseguros sobre la cubierta. Mi bicicleta se ha hecho un espacio entre la grava y un lote de árboles jóvenes que serán plantados en la gobernación de Carreño. Carreño, la ciudad de la que tanto he escuchado, será otra cosa en mis ojos cuando después de cinco días nos acerquemos al Orinoco y con hondos golpes de metales y cascos nos metamos al puerto y a su fervor de voces y vidas. ©



Vuelta a Colombia, Horacio Gil Ochoa, 1965. Archivo fotográfico BPP.

Gentes a la vera del camino

por MARÍA ALEJANDRA BUILES • Gestora Archivo Fotográfico BPP

En 1951 cuando se dieron los primeros pedaleos de la Vuelta a Colombia, en la Avenida Jiménez, en Bogotá, las voces que hablaban del ciclismo colombiano retumbaron en la radio, hicieron eco en la prensa que se atestó de noticias e imágenes alusivas al deporte que pondría a Colombia en boca de todo el continente. Los primeros 35 escarabajos que recorrieron el país en medio de las penurias de la trochas destapadas, de las curvas empinadas, del clima agreste, convirtieron esta carrera ciclista en una tradición que convocó una fanática de espectadores que año tras año salieron a la orilla de los caminos a esperar con ansia el paso fugaz de sus ídolos. Claro está que los reporteros curiosos no se hicieron esperar, algunos pasaron desapercibidos entre una vuelta y otra, otros por el contrario retrataron la esencia más allá de la anhelada meta, se instauraron en las glorias e infortunios del camino. Horacio Gil Ochoa se convirtió en uno de los artífices de la historia del

ciclismo narrada en fotografías que develan instantes de gloria, dolor, esfuerzo y tragedia en medio de caminos de herradura. Las curvas, las lomas teñidas de pantano, las piedras y los recovecos recorridos por los ciclistas fueron el escenario predilecto para capturar el trasfondo de momentos que atestiguan la sensibilidad del ojo detrás de la cámara. Una mirada pulida que, lejos de pensar en la meta y la gloria del escarabajo ganador, vivía la experiencia al paso de las bicicletas. Gil Ochoa se trepaba en los incipientes carros de la época, en motos improvisadas que perseguían sin tregua; en una búsqueda constante por pisar el obturador y dejar el registro del suspiro desgarrador, de los rostros extenuados, del dolor de la caída, del inesperado pinchazo, de la soledad del camino. Esos ojos prodigiosos fueron fieles a la ruta, evidenciaron cómo el ciclismo atravesó un país rural con atisbos de desarrollo urbano. Horacio persiguió cerca de veintidós vueltas en las que, más allá de

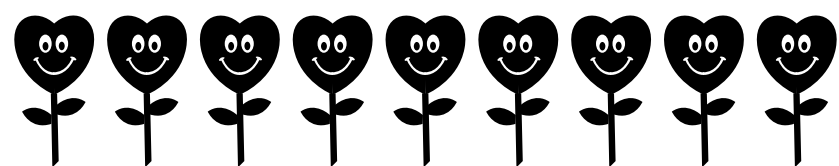
los ciclistas, los espectadores se convirtieron en un eje central de los fotogramas, que al margen de su cuidadosa composición cuentan historias. Están las gentes a la vera del camino: la mujer coqueta que sale embambada a recitar arengas y tirar flores; la inolvidable viejecita que recibe a los ciclistas con frutas y alimentos en su paso por Manizales; los alimentadores corriendo al ritmo de la bicicleta para dar "mano a boca" el añorado alimento al escarabajo hambriento; los niños curiosos que miran con asombro y volean la mano, mientras sus ídolos pasan como una ráfaga de aire. Son imágenes que están impregnadas de sensibilidad ante lo humano que hay más allá de las dos ruedas. La solidaridad en el camino es recurrente en las fotos de Gil Ochoa. Muchas son seguramente el resultado de un disparo accidental que se convierte en un momento de inspiración e impacto. El agua aparece como un motivo fotografiado, símbolo de solidaridad de aquel ser caritativo

de a pie que recurre ante la necesidad del ciclista maltrecho, urgido por refrescarse. Entre tantos actos solidarios, una mujer campesina está en la orilla de una carretera polvorienta, su mano queda extendida sosteniendo un recipiente metálico, el agua está suspendida en el aire ocultando el rostro del hombre de la bicicleta. A su espalda una niña atestigua la escena de la mujer que aparece como un zahorí en el desierto. A lo lejos el paisaje montañoso enmarca el momento que evoca una escena cinematográfica. Horacio documentó la historia del ciclismo colombiano con una pasión desmedida que quedó plasmada en aproximadamente cincuenta mil fotografías. El trasegar del camino fue un motivo que lo catapultó a un hombre cargado de emotividad y sensibilidad ante lo que podría pasar desapercibido por cualquier ojo distraído. Sus imágenes se convirtieron en un ícono del ciclismo y él en el hombre de la cámara y la bicicleta. ©



“Entre estos programas figuran el anillo de seguridad, que busca que los habitantes de los barrios se conozcan y actúen solidariamente en la lucha contra el delito, con base en la conformación de brigadas de autodefensa”.

El colombiano, martes 16 de diciembre de 1980



AMOR POR MEDELLÍN
(1987-1993)

Una exposición de Santiago Rodas
(del 6 de julio al 5 de agosto)
LA BRUJA RISO



Viajes / **comfama**

Viajar para conocer, aprender y disfrutar ¡Más cerca de lo que crees!

Támesis | Jericó | San Rafael | Santa Fe de Antioquia | Valparaíso
Hacienda Nápoles | Guatapé | Santa Elena | Salto del Buey

 San Rafael

En julio y agosto,
descubre Antioquia con precios increíbles.

Agencia de viajes: Claustro San Ignacio, Carrera 44 N° 48 - 18
604 360 7060 opción 1 – 4 / WhatsApp: 310 3016666 opción 7

  @comfamaparquesyviajes - www.viajescomfama.com



Conoce nuestros destinos